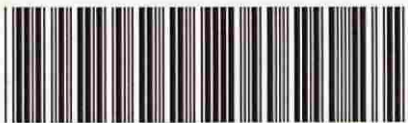


55

DAD AUTO

CIÓN GENE

NO  
AL



1080073505



CARTAS

A

MI HIJA

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO:

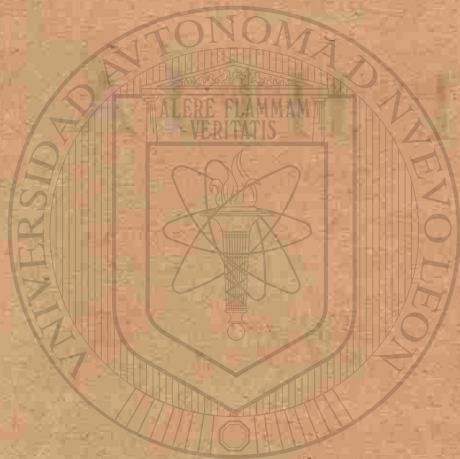
Imprenta del Comercio, de Nabor Chavez  
Cordobanes núm. 8.

1873



BJ1655

C3



FONDO  
A. D. PÚBLICA DEL ESTADO

(73505)

## INTRODUCCION.

**C**ARTAS A MI HIJA, este es el título del pequeño é interesante libro en cuya portada vamos, como ofrenda de amistad, á grabar unas cuantas líneas, que revelen al público su objeto y su carácter. "Cartas á mi hija" es el solo título que en verdad y en justicia le corresponde. Un padre dotado del mas exquisito discernimiento, profundo conocedor del mundo y del corazón humano, y estudioso observador de nuestras costumbres sociales, tuvo, inspirado por el santo amor de padre, la idea feliz de transmitirle á una jóven hija su experiencia, sin el gravámen horrible de los incontables dolores y los crueles desengaños.

que en el orden común de la naturaleza, parecen ser el alto e inmutable precio á que se compra la madre de la sabiduría, esa "piedra rara" ese "montón de oro" como la llaman los árabes en su bello y figurado lenguaje.

Sin reservas inútiles, sin estériles divagaciones, en las "Cartas á mi hija" están firmemente formulados y netamente resueltos todos esos problemas vagos como el porvenir, indeseicos y risueños como la dicha y la esperanza, que sin conocerlo ellas mismas, se ofrecen á la movible imaginación, y fascinan los corazones de las jóvenes de diez y seis años, para quienes el azul de los cielos es zafiro, palacio de ópalo las nubes, las lágrimas perlas, la vida amor, y el amor el cielo de la tierra.

¿Por qué la virtud es bella? ¿Por qué la felicidad es virtud? ¿Hasta dónde llega el amor? ¿Por qué debe sujetarse á la razón, y esta, á la religión? ¿El lujo, esta poesía en acción hasta dónde puede llegar para no pasar de una alegría inocente, á una prodigalidad funesta, para no convertirse de hábito elegante en pasión incensata? ¿El trato social,

expansión de la caridad, que hace amables las relaciones de familia y de amistad, á qué reglas debe sujetarse para llenar sus fines, y no perder su verdadero carácter de cariño y de sinceridad? Todas estas graves cuestiones, de cuya solución acertada depende en gran parte la felicidad, están en tan precioso libro resueltas con solidez, moral y filosofía, y con estilo que, para llenar su objeto, huyendo de toda pompa literaria, se produce siempre con la más sobria simplicidad.

La costumbre es una segunda naturaleza, y las costumbres son hijas de la educación. Las "Cartas á mi hija" se ocupan de la educación femenina, con relación á nuestro país y á nuestros hábitos. Hablan de la educación religiosa, literaria y social de la mujer, con una apartencia de agradable ligereza: pero en el fondo con la mayor energía de raciocinio y experiencia. No solo de la educación, sino se ocupa también su autor, de la conducta que una joven virtuosa y bien educada debe seguir en todas las situaciones de su vida, señalando con admirable precisión y gracia, las reglas

que por deber y conveniencia, por decoro y elegancia tiene que acatar para conducirse felizmente en familia y en público, en el teatro, en los bailes, con sus parientes, sus amigos y sus novios.

¡Oh, es un libro precioso! No se crea que está escrito con la pesadez, sequedad y rigidez de una obra enfadosamente didáctica. Es, por el contrario, una especie de "Selan" literario que con bellas flores, tiene escritos saludables consejos y máximas bellísimas. Un padre lo escribió para una hija única á quien adora, es decir, el más santo é inspirado de los amores, lo escribió para la más bella y adorable de las inocencias. Es el dedo de la experiencia señalando cariñosamente á la juventud de una niña el itinerario de la felicidad sobre el mapa de la vida. Un padre marcando con un reguero de flores á su hija el sendero de la virtud y la ventura, en el arenal desierto de la existencia.

Un padre lo escribió para su hija. Basta decir esto para que no tengamos que agregar, que en lo más mínimo ofendió á la moral, y que en él no hay ni una palabra indiscreta siquiera.

Las madres de familia pueden sin temor alguno, leerlo en su hogar á toda voz, y las hijas escuchar su lectura sin peligro de ruborizarse ni de aburrirse.

Todas las hijas de familia deben escuchar la lectura de tan bello libro con la mayor atención. A la hija para quien fué escrito, á la estimable y virtuosa jóven á quien su padre lo dedica, no le basta leerlo, ni volver á leerlo, necesita imprimir en su memoria todas sus frases y palabras, grabar en lo más hondo de su corazón todas sus máximas, todos y cada uno de sus consejos, obedecer sus prescripciones con amor y con presteza.

Más necesita todavía, después de saberlo con el corazón y la memoria, guardarlo con veneración en el lugar más recóndito y perfumado de su cofre de concha nácar, allí, donde guarda sus alhajas, los retratos de sus padres, los rizos de cuando era niña, y las . . . . prendas tal vez de sus recuerdos.

Aun no es bastante, cuando el tiempo haya corrido en raudo vuelo. Mas tarde, cuando

pasando los años, se haga con la bendición de Dios y de sus padres, la raíz de una nueva familia, entonces debe en la hora más solemne del hogar, cuando la luz de la tarde acabe de extinguirse, después de haber resado en coro y antes de la cena de familia, rodearse de sus hijos, abrir temblando de emoción su libro, leer con voz tremula de ternura uno de sus capítulos, no poder resistir el sentimiento melancólico de tantos recuerdos, sentir anudada su garganta, besarlo con transporte, y cerrando sus páginas antes de concluirlo, prorumpir en sollozos y empaparlo con sus lágrimas.

Una palabra más. Las "Cartas á mi hija," es un libro precioso, que trabajado en silencio, estaba destinado por su autor á ser leído tan solo por unos ojos, ó más bien, por un solo corazón. Lo destinaba á la sombra; pero sorprendido el secreto por la feliz indiscreción de algún amigo, la joya va á brillar á la clara luz del día. Nos acusamos ingenuamente de ser los violadores del misterio, seguros de que el público nos perdonará agradecido nuestro delito.

Quizá nos hemos estendido demasiado, cuando podíamos haber sido tan concisos. Las "Cartas á mi hija," es un libro encantador. Un padre lo escribió para su hija..... ¿Qué más puede decirse? Esto lo dice todo.

JOSÉ DE JESUS CUEVAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## CARTA I.

México, Junio 9 de 1869.

A mi hija \*\*\*\*\*

Hoy has cumplido quince años, y te encuentras por ello muy contenta. Se acabaron para tí las muñecas, se acabó el colegio, y por consecuencia pronto vendrá el vestido de cola, etc., etc., etc. ¿Es verdad que en esto estás pensando, hijita? Bien, muy bien me parece, y también muy natural.

Mas como tú ignoras todo lo que esto quiere decir para tu pervenir, pues que á tu edad no pueden aún conocer las niñas la importancia de éste paso avanzado que dan en la carrera de la vida, yo voy á encargarme de decirte lo, en esta y otras cuantas cartas que con tal objeto voy á escribir para tí exclusivamente.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## CARTA I.

México, Junio 9 de 1869.

A mi hija \*\*\*\*\*

Hoy has cumplido quince años, y te encuentras por ello muy contenta. Se acabaron para tí las muñecas, se acabó el colegio, y por consecuencia pronto vendrá el vestido de cola, etc., etc., etc. ¿Es verdad que en esto estás pensando, hijita? Bien, muy bien me parece, y también muy natural.

Mas como tú ignoras todo lo que esto quiere decir para tu pervenir, pues que á tu edad no pueden aún conocer las niñas la importancia de éste paso avanzado que dan en la carrera de la vida, yo voy á encargarme de decirte lo, en esta y otras cuantas cartas que con tal objeto voy á escribir para tí exclusivamente.

Porque cuando una jovencita como tú va á dejar el lugar que ha ocupado en el círculo de las niñas, para tomar el que le corresponde en el de las señoritas, bien merece la pena de que su papá se tome el trabajo de decirle algo, de alucinarla, mejor dicho, con algunos buenos consejos para dirigirla por el mejor camino, á fin de que, sabiendo conducirse en la nueva sociedad de que va á formar parte, pueda colocarse sin dificultad en el lugar que por su clase y educación le corresponda.

Tú siempre me oyes con gusto y atención, y por lo mismo parece que bien podría escusarme de escribir las cartas de que acabo de hablarte; pero como nuestras ideas son tan fugitivas y tan pronto se borran de nuestra imaginación las impresiones de lo bueno, siempre he creído conveniente escribir mis lecciones; así las tendrás presentes, aun cuando mi voz no pueda llegar á tus oídos..... La mayor parte de las faltas que cometemos, provienen mas bien del olvido, que de la ignorancia de nuestros deberes. Por tanto, yo espero que leerás con gusto mis cartas, y algun día conocerás todo el bien que con ellas he querido hacerte.

En efecto, esto de pasar una mujer de niña á señorita, es una cosa mas importante de lo que parece; el cambio, es verdad se verifica con la

mayor facilidad, ya lo estás viendo; pero con la misma se pasa despues de señorita á señora, y de allí á madre de familia no hay mas que un paso.

¡Madre de familia! ¡Ah! esto ya es muy distinto, porque el papel de madre de familia es el mas importante que una mujer puede hacer en el mundo. La misión de las madres de familia es verdaderamente sublime, pero en cambio es en extremo delicada y de inmensa responsabilidad ante Dios y ante los hombres. ¿No es verdad, hijita, que esto es ya muy sério? Pues sin embargo, es tan cierto, como lo es que tú has cumplido hoy tus quince años, y comenzado por lo mismo á andar el camino para llegar á ser una madre de familia tal vez.

Ya verás por lo dicho, que la cosa no es tan sencilla como á primera vista parece, y que por consecuencia, el cambio que se está verificando en tu persona, es importantísimo para tu porvenir, tanto mas, cuanto que este es el tiempo oportuno, tal vez el único, que la mujer puede aprovechar para formarse, ó mejor dicho, para labrar su propia felicidad. Este tiempo es para la mujer lo que para el poeta el momento en que se siente inspirado; lo que para una planta esquisita aquel en que debe cultivarse; si no se aprovecha aquel momento, si se deja pasar este tiempo, indudablemente no resultará mas que una

composicion sin mérito, una planta mal cuidada, tal vez perdida.

Pero no, yo estoy seguro de que tú sabrás aprovechar este tiempo precioso que tienes delante de tí, y serás, no hay duda, una señorita distinguida, para ser mas tarde....lo que Dios quiera, pero en todo caso, una mujer de mérito.

Me parece ya oírte decir, y bien, ¿qué debo hacer para ello? porque en efecto, yo no quiero ser una de tantas, yo deseo ser buena, amable, instruida, virtuosa; yo deseo, en fin, ser apreciada de todo el mundo; ¿qué debo hacer, repito, para conseguirlo?

En primer lugar, debes saber que lo que tú desees, lo desean todas las jóvenes, y sin embargo, no son muchas las que lo consiguen, porque nada se obtiene con solo el deseo; es necesario, es indispensable formarse un plan y trabajar algo para ello; pero la que así lo hace, puede estar segura del buen éxito, y mucho mas puedes estarlo tú, que cuentas ya con una educacion bastante adelantada.

¿Tú puedes suponer, que algunas de las personas á quienes has oído tocar bien el piano, hablar diversos idiomas, etc., etc., han podido aprender esto con solo el deseo? ¿No eres, por el contrario, que los que saben algo, han trabajado mas ó menos para conseguirlo, segun el talento, empeño

y disposicion de cada uno? Tú misma, conocieras como conoces ya algunos idiomas, tocarias lo que tocas en el piano, y sabrias, en fin, lo que sabes en otras materias, si no hubieras trabajado para ello y recibido con provecho las lecciones que te han dado los diversos maestros que has tenido? Pues así es todo en el mundo, hijita, no basta querer las cosas, es necesario trabajar para conseguirlas.

Por tanto, mucho te recomiendo tengas siempre presente, que estos primeros años que vas á pasar fuera del colegio y al lado de tus buenas mamás, es necesario que los aproveches muy bien, dedicándote al estudio y á la práctica de todo aquello que no se aprende sino en cierto tiempo, sin que por esto creas que tendrás que afanarte demasiado y no te quedará lugar para la distraccion y el paseo moderado; no, todo puede hacerse distribuyendo bien el tiempo, y esto depende de tu voluntad.

Espero que habrás leído con gusto esta primera carta que te envía con un beso, tu papá.

CARTA II.

Convencida como debes estar de la necesidad que tienes de aprovechar bien estos primeros años de tu juventud, voy á hablarte sobre el plan que debes adoptar para conseguir nuestro propósito, de que seas con el tiempo una mujer de provecho.

La práctica de la virtud: hé aquí lo primero de que yo te debería hablar, pues es sin duda en lo que todos debemos pensar de preferencia. La mujer sin virtud, es una flor sin aroma, un árbol sin fruto; por lo mismo, es necesario, es indispensable que tú seas virtuosa, y con ello solo habrás conseguido ya gran parte de tus deseos, porque una mujer verdaderamente virtuosa, no puede menos de ser apreciada, considerada y aun respetada de cuantos la conocen.

Mas adelante te hablaré sobre este punto importantísimo. Se dice vulgarmente que el mejor vino se reserva para los postres, y así haremos si te parece; ya sabrás lo que es la verdadera virtud y la manera de practicarla.

La mujer, que está escluida de las grandes escenas de la vida pública, ejerce la soberanía de la doméstica y privada, cuya autoridad, como

todas las humanas, tiene derechos y obligaciones inseparables de su ejercicio, y del exacto cumplimiento de estas obligaciones, nace el uso libre é inalterable de los derechos.

La familia es el imperio de la mujer, esta cuida de satisfacer sus necesidades, de dirigir sus ocupaciones, de mantenerla en paz, y de conservar en ella el sagrado depósito de las buenas costumbres. De aquí la necesidad de que las señoritas aprendan todo lo que requiere el desempeño de atribuciones tan importantes.

Las labores propias del sexo, solo pueden parecer humildes y vergonzosas á aquellas mujeres que por desgracia han adquirido el gusto de la disipacion, del lujo y de la ociosidad. A los ojos de la razon, nada hay mas respetable que la mujer que se consagra á estas tareas ennoblecidas por el espíritu de orden y de economía, que su práctica introduce en una casa bien gobernada.

A una mujer, por mucho que la fortuna la favorezca, siempre le será útil saber coser, lavar, planchar, algo de cocina, y comprender perfectamente todos los pormenores en que se divide el gobierno de una casa, porque cualquiera que sea la posición que ocupe la mujer, aunque sea la mas elevada, siempre será necesario que el orden, el aseo y la economía bien entendida rei-

nen en su casa; y por lo mismo, la que carece de los conocimientos indispensables para evitar el desperdicio, el fraude y el desorden en su propia casa, puede muy bien acabar por ser una carga pesada para su marido, así como un objeto de burla y ludibrio para sus inferiores.

Preciso es, por tanto, convenir en que es necesario que una señorita sepa coser bien, lavar y planchar, confeccionar algunos platos en la cocina, y sobre todo, que comprenda perfectamente todo el mecanismo del gobierno de una casa. Si Dios le prepara para más tarde una posición ventajosa, por buena que ella sea, siempre le servirá de mucho lo que haya aprendido; y si por el contrario, se la reserva mediana, humilde tal vez, entonces le serán mucho más útiles los conocimientos que hubiese adquirido, no solamente en esta parte de su educación, sino también en las demás de que te hablaré después.

Ten siempre presente que ninguna señorita, aunque pertenezca á la familia más noble y rica, sabe cuál será la suerte que Dios le tiene reservada, todos los días vemos á muchas personas que habiendo sido educadas en medio del lujo y de la abundancia, ocupan un lugar muy inferior en la sociedad; mientras otras, que vivieron siempre en la medianía ó en la pobreza tal vez, tienen una posición brillante. Preciso es, por lo

mismo, prepararse para todo lo que pueda venir; por cuya razón, tú te dedicarás mucho á las faenas domésticas, para que las puedas conocer y aun ejecutar perfectamente.

Y por cierto, que para nadie puede ser esto más fácil que para tí, cuando vas á estar constantemente al lado de tus buenas mamás. Haz lo que ellas te digan, imítalas, y es asunto concluido. Ni una palabra más tengo que decirte sobre este particular.

Con respecto á tu educación intelectual, debo hacerte saber, que ni las madres, ni las muchas personas que han escrito sobre la educación del bello sexo, están de acuerdo sobre los conocimientos que conviene dar á la mujer. Unos quieren reducir estos conocimientos al menor número posible; mientras otros pretenden darle demasiada extensión, y la verdad es, que en ambas opiniones hay exceso, porque tanto disgusta á la sociedad una mujer ignorante, como aquella que lo quiere saber todo. No hay cosa más empalagosa, que esta clase de mujeres parlanchinas á quienes se da comúnmente el nombre de bachilleras ó marisabidillas, yo creo que son preferibles las ignorantes, ¡qué digo! prefiero á las tontas. ®

Cierto es que las mujeres no han nacido para gobernar Estados ni ilustrar las ciencias, pero

sí para dirigir sus casas y gobernar sus familias, que no es poca cosa. Por lo mismo, el número y la clase de conocimientos de que debe componerse la educación intelectual de la mujer, debe ser limitada, pero no hasta el punto de que todo lo ignore, como sucede generalmente entre nosotros; en el medio está la virtud se dice, y se dice con razón; por tanto, tú aprenderás todo lo que sea necesario, para que sepas lo que debe saber una mujer que no quiere pasar la plaza de ignorante, y nada más.

En la siguiente carta conocerás mis ideas á este respecto; y entre tanto, piensa mucho en lo que ya te he dicho, pues es todo muy importante para tí.

### CARTA III.

Siguiendo la materia que dejamos pendiente en mi pasada carta, te diré: que lo primero que debe saber una señorita, es hablar, leer y escribir con la perfección posible su propio idioma. Tú sabes bien que muchas de las señoras que conocemos, y muchas señoritas también [que no tienen disculpa como las primeras], hablan mal, leen peor y escriben pésimamente, no sabiendo

tal vez formar ni la cuenta mas sencilla, y esto que apenas puede pasar en las señoras que se educaron hace muchos años, es verdaderamente vergonzoso en una señorita de hoy, aunque sea de una mediana educación.

¿Pues qué puede esperarse de una mujer, que no sabe leer ni hablar delante de las gentes, y que al escribir una carta, al querer formar la mas simple cuenta, comete mil errores? Poca, muy poca inteligencia puede suponerse en la que tal haga, ó el mas completo abandono en su educación, por mas que sepa vestirse y adornarse muy bien para ir al teatro y al paseo.

¿No te figuras lo que hará una de estas desgraciadas jóvenes el día en que [por ejemplo] reciba una carta de una amiga suya, muy bien redactada y escrita? Vamos, que el lance será tremendo; porque no hay duda de que la carta debería ser contestada inmediatamente y de propio puño, pues que otra cosa sería manifestar grande ignorancia de los usos y prácticas mas comunes en la buena sociedad. ¡Que vergüenza! Pero no, á tí no te sucederá jamás semejante chasco; tú escribirás bien y con mucha corrección y limpieza.

Vamos á considerar este mismo punto por el lado inverso. Figúrate que una señorita sabe leer y escribir perfectamente; ¿cuál no será su

gusto cuando su papá le mande leer delante de sus tertulianos un artículo que llamó mucho su atención en el periódico del día, ó un capítulo de una obra clásica que acaba de leer? ¿no comprendes todo el gusto, toda la satisfacción de la señorita y del papá, cuando las personas presentes den el parabien á ambos por la perfección y claridad con que ha leído la primera?

Pues no será menos sin duda cuando la mamá ó el hermano le encarguen á la misma jóven escribir una carta que tienen que contestar, ó la formación de una pequeña cuenta. ¡Oh! esto ha de ser muy satisfactorio para una jóven hija de familia. ¿No te parece? En algunas partes de Europa y especialmente en Inglaterra, las señoritas, aun de familias ricas y distinguidas, acostumbran llevar los apuntes y la correspondencia íntima de sus padres. ¡Qué bonito! y qué fácil, digo yo también, porque entiende que el que no sabe hablar, leer y escribir, regularmente á lo menos, su propio idioma, es sin duda porque no ha querido aprenderlo, pues que para ello no se necesita mas que voluntad y dedicación.

Necesario es también para una señorita bien educada poseer algunos conocimientos, aunque estos sean superficiales, en la Geografía y en la Historia, pues esta nos enseña mucho, á la vez

que satisface una noble curiosidad y nos presenta grandes ejemplos que abundan en muy provechosas lecciones; y la primera, que es su compañera inseparable y su intérprete, además de ser muy útil su estudio, es divertido y necesario para entender muchas veces lo que se lee, y sobre todo, lo que se oye hablar á personas instruidas.

Yo no he podido jamás encontrar el motivo que haya para que las señoras se mantengan aquí siempre ignorantes en estas materias, sobre las que, apenas se les habla en los colegios: de aquí resulta que la mayor parte de las nuestras no entienden, ni saben nada á este respecto, lo que les obliga á hacer algunas veces un papel bien desairado.

¿Pues qué? [me pregunto yo á mí mismo] ¿está reservado á los hombres el conocimiento de materias tan importantes? ó es cosa tan difícil llegar á saber algo de ellas, que les está vedado á las mujeres el emprenderlo siquiera? Ni lo uno, ni lo otro: la cosa es tan sencilla como fácil, y por lo mismo, yo me prometo que tú sabrás lo necesario, á lo menos para que entiendas todo lo que leas y encuentres gusto cuando oigas hablar á personas instruidas: un poquito de estudio, y otro poquito de empeño, y todo estará conseguido.

El conocimiento perfecto [hasta donde sea posible] de los idiomas frances é inglés, es igualmente necesario para la señorita que desea hoy distinguirse por su buena educación.

Por mil motivos México está llamado á ser habitado por extranjeros, y cada dia por lo mismo será mayor el número de estos que vivan entre nosotros. ¿Y quién podrá negar, esto supuesto, que aquellas personas que poseen los idiomas frances é inglés especialmente, obtendrán mucho mejor lugar en la sociedad que las que lo ignoren?

Por otra parte, muchas de las mejores obras en todas materias se encuentran escritas en aquellas lenguas, y por lo tanto, no pueden ser conocidas sino de aquellas personas que las poseen. Además, ¿quién puede saber si mañana tendrá que marchar al extranjero? ¿quién puede saber si se verá un dia precisado á explotar el conocimiento que haya adquirido en los idiomas extranjeros, para atender á su propia subsistencia ó la de su familia?

Pero aunque de todas las ventajas que he mencionado, y otras que callo, prescindamos, y consideremos el conocimiento de las lenguas vivas, tan solo como un adorno, para las señoras especialmente, siempre será su estudio importantísimo, y por lo mismo, te lo recomiendo sobremanera. Recuerda si no la satisfacción que es-

perimentas cuando hablas algun idioma extranjero. Yo te he visto algunas veces hacer este papel, y he podido notar en tu semblante el gusto de que estabas poseida: y yo mismo cuando algun extranjero, por galantería me ha dicho delante de tí que hablabas muy bien su idioma, estoy seguro, que si me hubiera observado alguno, fácilmente hubiera conocido que sentia yo gran satisfaccion al oír aquellas palabras que tanto lisongeaban mi amor propio como el tuyo. Preciso es, por tanto, convenir en que el conocimiento de los idiomas extranjeros es muy útil bajo todos aspectos, y para las señoras un adorno además, que las hace lucir mucho en la sociedad.

Y bien: ¿qué es lo que á tí te falta, para poseer, regularmente á lo menos, el frances y el inglés? un poco de mas estudio, y alguna práctica; esta es la verdad. Crímen sería, por tanto, de lesa educación, que de aquí á dos ó tres años á lo mas, no fueras fuerte en ambos idiomas.

Si como espero, sigues los consejos que acabo de darte en esta y en mi anterior carta, y lees algunos buenos libros que yo me encargo de poner oportunamente en tus manos, puedes contar con que, á los diez y ocho años serás una señorita regularmente instruida, pues que sabrás hablar, leer y escribir bien el Español y lo nece-



sario de la Aritmética; hablarás y escribirás, medianamente á lo menos, el frances y el inglés, y tendrás algunas nociones de Geografía y de Historia.

Reflexiona mucho sobre lo que te digo en cada una de mis cartas, considerando que nadie tiene mas empeño que yo por tu futura felicidad.

CARTA IV.

Hoy quiero hablarte sobre aquella parte de tu educacion que propiamente puede llamarse artística: me refiero á la música, el canto, el baile, el dibujo, el bordado, la confeccion de flores, y la de toda clase de piezas de ropa de que se compone el vestido de una señora.

Respecto á la música te diré, que por muchos motivos es conveniente á las señoritas conocerla, mas deben tomar en ello empeño y procurar tocar bien el piano, porque esto, ademas de ser un adorno que realza su mérito, las ocupa agradablemente algunas horas, y les proporcionará no pocas veces lucir su habilidad, lo que siempre les será satisfactorio.

Pero, ¡cuidado! que esto habla con aquellas jó-

venes que tengan disposicion para la música y buena voluntad para aprenderla, porque las que en este caso no se encuentran, no harán mas que perder miserablemente su tiempo, y á esto á la verdad no le encuentro gracia alguna.

Conozco muchas jóvenes á las que sin embargo de no tener la menor disposicion para la música, se las obliga á tocar el piano y aún á cantar á algunas y el resultado ha sido, que despues de mucho tiempo y no poco dinero perdido, nada han podido hacer las desgraciadas, sino es ponerse en evidencia cada vez que se han atrevido ó se se les ha obligado mas bien, á tocar delante de algunas personas.

La música, hijita, es como todas las cosas, unas tienen disposicion para ella, y otras no la tienen, y las que en este último caso se encuentran, deben sin vacilar renunciar de ella y escoger otro ramo en que puedan trabajar con provecho, porque es lástima de veras perder el tiempo, cuando en tantas cosas útiles puede emplearse.

En cuanto al canto, la cosa es todavía mas delicada, pues que ademas de las disposiciones generales que se requieren para el divino arte, es necesario, indispensable, poseer una buena voz y..... que se yo si algo mas.

Y luego, como es tan fácil preocuparse, y el

amor propio ciega; y es tan difícil cantar bien, y tan fastidioso cantar mal y tan intolerantes en fin nuestros prójimos..... vamos, preciso será convenir en que no es cosa muy sencilla dar un consejo acertado en la materia; sin embargo, mi opinión es, que una señorita solo debe cantar, cuando además de las disposiciones necesarias para la música posea una excelente voz, y aun en este caso, siempre me atrevería á darle un buen consejo, y es, que procurara no hacer uso de su habilidad sino en reuniones privadas y de amigos; porque lo demás, siempre lo considero algo espuesto, y el mejor de los dados, dicen que es no jugarlos.

Yo bien conozco que á muchos ha de parecer demasiado severa esta opinión mia, pero ella es hija del esmero con que he procurado separar de todo lo que he visto y observado, lo superfluo de lo útil, la ilusión de la verdad.

Mucho mas podría decirte sobre la música, por cuyo arte encantador he tenido siempre una grande afición, pero no me parece necesario, cuando me dirijo á tí, que estás dedicada al piano solamente, en el que has hecho ya algunos progresos; sigue, pues, estudiando con mayor empeño cada dia, para que seas con el tiempo una buena tocadora, como lo espero, pues que no careces de disposición para ello. Así ocuparás

algun tiempo en este agradable trabajo, si así puede llamarse, y alguna vez podrás lucir también en público tus adelantos, en lo que tendrás sin duda gusto y se lo darás también á tus padres, que tanto empeño tienen en que tu educación sea esmerada.

Y con respecto al baile, ¿qué te diré? que es preciso que procures bailar lo mejor que puedas, puesto que has de bailar. Muy afortunada serías si no tuvieras gusto por esta diversion; pero no lo espero, porque Dios concede á muy pocas mujeres tan señalado beneficio.

Nada hay mas molesto que bailar con una persona que lo hace mal, y por lo mismo, puesto que se ha de hacer, es indispensable aprender á hacerlo bien, lo que no es obra de romanos ciertamente, pues con pocas escepciones baila bien todo el que en ello toma algun empeño. También es conveniente que sepas cómo debes conducirte en las reuniones á donde tal vez concurras: voy á darte algunos consejos á este respecto.

Una señorita debe poner el mayor cuidado en bailar de una manera muy decente, procurando siempre que el cuerpo no tome posturas ni haga movimientos inmodestos. En este punto debe ser hasta escrupulosa, pues si no hacen buen papel en una reunión aquellas jóvenes que bailan mal, infinitamente peor lo hacen, las que bailan

de una manera poco decente. Tú harías bien en buscar un modelo al cual procuraras imitar; con cuidado, investiga con empeño cuál es la joven que baila con mas gracia y señorío, y procura hacerlo como ella, que lo conseguirás sin dificultad.

Cuando por los caprichos de la moda haya un baile para el cual sea indispensable que las jóvenes tomen una postura inmodesta, por ningun motivo tomes parte en semejante baile. Por regla general, á una señorita juiciosa y bien educada, que como tal debe respetarse á sí misma, no le es permitido hacer nada que en lo mas mínimo pueda ofender su pudor y su decoro. Lo demas se queda para las señoritas de nombre, para las coquetas que no pierden nada y que en el pecado llevan la penitencia, porque fácilmente se ven despreciadas de la misma sociedad que han hecho teatro de sus liviandades ó locuras.

Una señorita no debe bailar muchas piezas con un caballero en la misma reunion, ni conversar demasiado con el compañero cuando va bailando. Tampoco debe bailar con persona que no conoce ó que no le ha sido presentada á lo menos, y en caso de ser invitada por persona desconocida, debe escusarse con cortesía y amabilidad; pero si esto no pudiere hacerse sin cometer una falta con el caballero pretendiente, es prefe-

rible que baile con él á que incurra en semejante falta.

En el baile, como en todas partes, una señorita juiciosa y bien educada debe manifestarse siempre jovial y afable con todos sin escepcion. Pon tú el mayor cuidado en hacerlo así siempre y con todo el mundo y de este modo adquirirás el hábito de ello, que por sí solo te hará muy apreciable en la sociedad.

Cuando un joven se permita al bailar, decir á una señorita algo que importe una falta, la señorita debe solamente tomar un aspecto marcado de seriedad, y suplicar ademas al joven que cambie de conversacion, mas si á pesar de esto continúa su empeño, le suplicará inmediatamente que la vuelva á su asiento.

Y ¿qué le aconsejaré yo á una señorita á quien su compañero de baile, le dice algunas galanteñas, ó "le hecha flores" como vulgarmente se dice, pero de una manera tan fina y comedida que no se pueda tomar por falta?

Para semejantes casos y otros parecidos, tengo á la mano una máxima, ó consejo, mejor dicho, que da á las jóvenes un escritor de talento, y joven tambien, que me parece viene como de molde al presente caso: "Desconfiad, niñas (dice aquel festivo escritor) de las declaraciones de Rigodon que duran tanto como los sonidos de la

música que escuchais; haced cuenta que son dos músicas y nada mas."

Se ha hecho esta carta mas larga de lo que debia, y por lo mismo dejo para otra algo mas que quiero decirte sobre el mismo asunto y otros no menos importantes para tí.

Lee siempre con cuidado y atencion mis cartas, y yo te aseguro que sacarás mucho provecho de ellas.



CARTA V.

Nos falta hablar sobre el dibujo, el bordado, la confeccion de flores, y la de todas las piezas de que se compone el vestido de las señoras, lo cual vamos á hacer en la presente carta.

El dibujo no solo es divertido y un adorno á la vez para las señoras, sino que ademas es muy útil, entre otras cosas, para saber cortar bien todos los moldes de vestido y demas piezas que se ofrecen en una casa.

De aquí es que, luego que tus mas preferentes ocupaciones te lo permitan, es preciso que te des lugar para tomar algunas lecciones de dibujo, siendo para tí esto tanto mas fácil, cuanto que en casa tienes el maestro, puesto que uno

de tus hermanos desempeñará perfectamente este papel. Y si logras adelantar algo y llegas tal vez á pintar algunas flores, algunos pájaros, y acaso algunos paisajes á la aguada, harás bien en darte por satisfecha, porque así lo deben hacer en mi opinion las señoras, á no ser que tengan una notable disposicion para la pintura, en cuyo caso harán bien en ir tan léjos como puedan.

Así, pues, luego que puedas, destinarás una hora cada dia para emprender este trabajo, á ver si logras hacer algo, que por poco que ello sea, siempre te será útil.

La confeccion de flores de trapo es otra de las cosas que debe aprender una señorita bien educada: yo he oido decir que no es un trabajo difícil y sí muy divertido y muy útil tambien: en efecto, ha de ser muy agradable para una jóven, llevar una bonita flor en la cabeza ó un bonito ramo en la mano, y poder decir á sus amigas que ella misma lo hizo. Yo he visto hace tiempo en una tertulia, un vestido [por cierto muy elegante], de crespón blanco, adornado con violetas y pensamientos primorosamente imitados, y la mamá de la jóven que lo llevaba, me decia muy satisfecha, que, vestido y adornos, todo habia sido confeccionado por su hija, que apenas tendria diez y seis años.

Yo espero que tú harás otro tanto muy pronto,

¿no es verdad? porque aprenderás á hacer flores, y tambien sabrás hacer tus vestidos, para lo qual tienes una escelente maestra en tu propia mamá.

Pero yo deseo que cuanto antes aprendas á hacer todo esto, para que cuando te presentes á tus amigas con un bonito traje muy elegante, muy sencillo y adornado con flores de tu mano, puedas decirles muy satisfecha, que todo lo has confectionado tú misma. ¡Qué bonito ha de ser esto, y cuánta satisfaccion deberá causarte! Pues bien, todo ello es fácil teniendo buena voluntad, y realiza mucho la educacion de una señorita, prescindiendo de otras mil ventajas que te traerá saber hacer todas estas cosas.

¿No ves con qué facilidad dispone y hace tu mamá tus propios vestidos? ¿no ves con cuánta economía? ¿cuánto se ahorra no teniendo casi que ocupar para nada á la modista? ¡Ah! si tú con el ejemplo que tienes en tu propia casa, no llegas á ser una muchacha muy laboriosa y bien aprovechada, no tendrás perdon de Dios.

En cuanto al bordado y otras labores de aguja, solo te diré, que es absolutamente indispensable que las sepa hacer una señorita como tú, con toda la perfeccion posible. Y en verdad que son trabajos que divierten á las jóvenes, á la vez que las hacen lucir, muy seguro estoy de que tú

llegarás á ser fuerte en todas estas obras de aguja; tus muestras son inmejorables y no temo que te falte voluntad ni empeño. Esfuérzate, pues; en hacerlo muy bien todo, que nunca te pesará, antes bien, tendrás que felicitarte mil veces de haber sabido aprovechar bien el tiempo.

#### CARTA VI.

Hemos hablado antes sobre el baile; y ahora quiero hablarte sobre los bailes, y tambien algo sobre el teatro. Apuesto á que deseas leer esta carta luego que has visto escritas las palabras "bailes y teatro," pues ellas suenan muy bien en los oidos de todos los jóvenes.

En efecto, un baile es una cosa muy bonita, y por lo mismo no es estraño, sino por el contrario, muy natural, que los bailes gusten mucho, á la juventud especialmente.

Uno, dos ó mas salones adornados con lujo y elegancia, profusion de luces, muchas flores, música, suaves y deliciosos aromas, ricos manjares, espumosos vinos despues, y en medio de todo este conjunto en extremo halagador, muchas se-

¿no es verdad? porque aprenderás á hacer flores, y tambien sabrás hacer tus vestidos, para lo qual tienes una escelente maestra en tu propia mamá.

Pero yo deseo que cuanto antes aprendas á hacer todo esto, para que cuando te presentes á tus amigas con un bonito traje muy elegante, muy sencillo y adornado con flores de tu mano, puedas decirles muy satisfecha, que todo lo has confectionado tú misma. ¡Qué bonito ha de ser esto, y cuánta satisfaccion deberá causarte! Pues bien, todo ello es fácil teniendo buena voluntad, y realiza mucho la educacion de una señorita, prescindiendo de otras mil ventajas que te traerá saber hacer todas estas cosas.

¿No ves con qué facilidad dispone y hace tu mamá tus propios vestidos? ¿no ves con cuánta economía? ¿cuánto se ahorra no teniendo casi que ocupar para nada á la modista? ¡Ah! si tú con el ejemplo que tienes en tu propia casa, no llegas á ser una muchacha muy laboriosa y bien aprovechada, no tendrás perdon de Dios.

En cuanto al bordado y otras labores de aguja, solo te diré, que es absolutamente indispensable que las sepa hacer una señorita como tú, con toda la perfeccion posible. Y en verdad que son trabajos que divierten á las jóvenes, á la vez que las hacen lucir, muy seguro estoy de que tú

llegarás á ser fuerte en todas estas obras de aguja; tus muestras son inmejorables y no temo que te falte voluntad ni empeño. Esfuérzate, pues; en hacerlo muy bien todo, que nunca te pesará, antes bien, tendrás que felicitarte mil veces de haber sabido aprovechar bien el tiempo.

#### CARTA VI.

Hemos hablado antes sobre el baile; y ahora quiero hablarte sobre los bailes, y tambien algo sobre el teatro. Apuesto á que deseas leer esta carta luego que has visto escritas las palabras "bailes y teatro," pues ellas suenan muy bien en los oidos de todos los jóvenes.

En efecto, un baile es una cosa muy bonita, y por lo mismo no es estraño, sino por el contrario, muy natural, que los bailes gusten mucho, á la juventud especialmente.

Uno, dos ó mas salones adornados con lujo y elegancia, profusion de luces, muchas flores, música, suaves y deliciosos aromas, ricos manjares, espumosos vinos despues, y en medio de todo este conjunto en extremo halagador, muchas se-

flores y caballeros de todas edades, clases y condiciones, todos en traje de lujo, bailando y tratándose, sobre todo, con una familiaridad desconocida para los mismos fuera de aquellos salones. Pues bien: este es en pocas palabras un baile; y se comprende bien que una noche pasada en una de estas reuniones sea muy agradable; pues sin embargo, yo te aseguro que no es muy conveniente, especialmente para las señoritas, frecuentar esta clase de diversiones, porque detrás de aquel lujo, de aquellos aromas, de aquellas luces y de aquellas flores, se ocultan algunas espinas; se encuentran no pocos disgustos y sinsabores. En mi juventud, frecuenté bastante esta clase de diversiones, y pude por mí mismo convencerme de esta verdad. Yote podría dar acerca de esto esplicaciones que no te dejarían duda de lo que te digo; pero ello será mas tarde, porque por ahora, no creo conveniente entrar contigo en mas esplicaciones á este respecto.

No te diré otro tanto de esas pequeñas reuniones de familia y de gente escogida, donde se canta, se toca y se baila también. A esa clase de tertulias familiares sí se puede ir sin peligro, sobre todo, cuando las señoritas van acompañadas de sus padres ó superiores, como deben ir siempre todas las jóvenes á esta clase de diversiones.

Y á propósito de bailes, voy á referirte una

escena que presencié hace pocos dias, porque me parece que viene bien en este lugar.

Me encontraba yo en el Restaurant de la «Concordia,» tomando un helado en compañía de un amigo, el dia siguiente á aquel en que tuvo lugar el último baile de la Lonja, cuando llegaron y se sentaron en una mesa inmediata seis jovencitos ó «pollos,» como ahora se les llama: como ninguno de ellos me conocia ni tampoco á mi amigo, comenzaron á charlar desde luego y á pedir sus respectivas copas.

«Deliciosa, (decía uno) estuvo para mí la noche; cuatro veces bailé con *Pepa* y dos de ellas hizo droga á un alémancito que era sin duda el dueño de aquellas piezas, pues que el grave germánico las tenia bien anotadas en su etiqueta; cierto es que mas tarde hizo la niña otro tanto conmigo prefiriendo á Fernando; pero, qué importa? váyase lo uno por lo otro: yo bailé con ella cuatro veces en la noche, quedándome por conclusion con buenos trofeos de mi victoria; díganlo si no, estas flores y este guante que tengo el honor de presentar á ustedes.

A ver, á ver, venga todo acá, dijo otro de los «pollos,» cuando el primero iba sacando de la bolsa de la levita unas cuantas flores de trapo y un guante. «Vaya unas manazas que tiene la niña, dijo otro de los «pollos» [tomando de la

mesa el guante] «voto, [dijo otro tomándolo también á su vez], porque hagamos de este guante cinco partes, para que llevando una cada uno de nosotros, podamos esta tarde saludar á su antigua propietaria en el paseo, presentándole cada cual su respectiva fracción.» «Aprobado, aprobado,» dijeron todos, y el guante quedó en efecto hecho cinco pedazos; pero ninguno de aquellos mozalvetes se ocupó de tomar la parte que le correspondía; de manera, que cuando de allí se marcharon, el criado tuvo que tirar á la calle tanto los pedazos del guante como las susodichas flores, pues todo habia quedado esparcido por el suelo.

Pues yo, dijo otro de aquellos jovencitos, no estuve muy feliz anoche, porque aunque mi amable Carolina estaba contenta hasta el extremo, yo me encontré allí con Lupe, cuyos ojos me hacen pedazos, y tienen ustedes, que por ocultarme de la una y hacer la corte á la otra, con ninguna hice cosa de provecho en toda la noche; y lo peor del caso es, que como Carolina es viva y conoció perfectamente lo que pasaba, sin mas esplicaciones se ha servido darme mi licencia absoluta, segun esta carta que acabo de recibir hace media hora, y al decir esto, aquel jovencito puso sobre la mesa un pequeño billete, que uno de los otros se apresuró á tomar y leer en

voz alta en medio de la risa de todos los oyentes, incluso mi amigo y yo, que algo percibimos, porque no hay duda de que esta clase de epístolas, que tan indiscretamente escriben algunas niñas, por lo menos tienen el mérito de hacer reír á cuantos las leen.»

Pues yo, amigos míos, dijo otro de los pollos, á todas les dije mil primores, para cada una tuve una flor, si no un ramillete, y de aquí es que anoche pude lograr una buena cosecha: Carolina, la sentimental, la romántica Carolina, bailó conmigo tres veces, y lo que es mas, me dijo que era yo muy simpático: Margarita me invitó para sentarme á su lado y me obsequió con un pensamiento que quitó de su l'ouquet, el cual lucí por cierto toda la noche en el ojal de la casaca; Amelia, la espiritual, la graciosa Amelia, al pasar yo por en frente de ella cuando estaba cenando, me enseñó su copa llena de champagne y bebió: claro es, brindó por mí. Enriqueta me dijo que era yo un atronado, un loco, un calavera, pero bailó cinco veces conmigo; esto quiere decir algo.

Y bien, exclamaron á una voz los demas pollos que oían sin chistar la relacion de su amigo. ¿Y tú que hiciste, que la dijiste? Yo, lo que soy yo, respondió sin vacilar el interpelado, me reí mucho y me divertí mucho con todas, cené bien,



bebí mejor y abur, hasta el siguiente baile que haré otro tanto contando con la benevolencia de mis buenas amigas.

¿Y Alberto? Veamos, dijeron dos de los de la reunión, dirigiéndose á uno que hasta entonces habia guardado silencio. ¿Qué nos dices, cómo te fué en el baile?

Mal, muy mal, contestó el tal Alberto, que era por cierto un pollo bastante bien parecido. Figúrense ustedes que mi niña es muy cerrera, vamos, incapaz: desde que en el último baile del Casino le dije mi atrevido pensamiento, no quiere para nada hacerme formal; con mucha finura, sí, con la mayor amabilidad del mundo, es verdad; pero el caso es que me despacha con la música á otra parte, cada vez que emprendo mi ataque, y esto me carga, me fastidia.

¿Y qué diablos querías que hiciera contigo esa buena y graciosa niña, [dijo el que con todos reía y se divertía] si tuviera el mal gusto de corresponderte? ¡Vamos! que la tal pollita no es nada boba. Y en prueba de ello; propongo un brindis por ella. Ea, amigos, á la sensatez, á la discreción de la desdénosa niña de Alberto. Todos aceptaron, y todos también vaciaron sus copas, retirándose en seguida del Restaurant tan contentos como habian entrado media hora antes.

Y bien, hijita, qué te ha parecido mi cuento?

Ves cómo se portan los pollos? cómo se divierten y aun se burlan de las niñas que los favorecen? Mal hacen sin duda, las que con su conducta ligera y poco reflexiva, dan lugar á que se burlen de ellas los jóvenes, pero las que llevan la broma hasta escribirles, no tienen disculpa ciertamente; porque, en fin, las palabras se las lleva el viento, segun se dice; pero lo que queda escrito en el papel de letra y puño de la interesada? ¡Ah! estos billetitos que con tanta facilidad como poca reflexion, suelen escribir las niñas á sus amantes, es muy fácil que un día les causen gran pesadumbre, y esto sin perjuicio de que en todo caso sirvan para que cuantos los lean, se burlen de sus inocentes autoras.

Yo espero que tú serás siempre bastante juiciosa, para no incurrir en faltas de esta especie, tan impropias, por otra parte, de las niñas bien educadas.

En cuanto al teatro, debo decirte, que aunque generalmente se dice que es la escuela de las buenas costumbres, hay muchos que creen precisamente lo contrario, y á esta opinion me adhiero, especialmente en la época en que atravesamos, en que todo lo inmoral está de moda.

Pero sea de ello lo que se quiera, el hecho es que tú has de ir algunas veces al teatro y por es-

to te voy á dar algunos consejos que espero te serán útiles.

Una señorita juiciosa y bien educada debe em-  
pesar por tomar una postura natural y elegante  
á la vez; no cargándose demasiado sobre el res-  
paldo de su silla, ni presentándose tampoco tan  
tiesa que parezca una estatua, no; la postura de  
una señorita en el teatro, debe ser como te dije  
antes, natural y elegante á la vez; estudia bien  
la que tú debas tomar, para que llegado el caso,  
no te equivoques.

La vista de una señorita debe estar fija sobre  
el escenario durante la representación, y cuando  
la separe de él para ponerla en otros objetos,  
no deberá ser por mucho tiempo, ni mucho me-  
nos fijando la vista sobre un objeto determinado  
cualquiera que sea. Permitido le es sin duda á  
una señorita, ver para todas partes; pero bueno  
será que no se fije demasiado en alguna.

Las señoras en el teatro deben tener presente  
que hay muchos ojos que observan sus mas pe-  
queños movimientos, sin que ellas puedan no-  
tarlo y por lo mismo están obligadas á permane-  
cer siempre de manera que nada pueda en ellas  
criticarse, con razon á lo menos.

Cuando en la representación pase algo que  
pueda ofender el pudor de las señoras, estas de-  
ben tomar una actitud seria únicamente, sin ha-

cer otra manifestacion de desagrado que podria  
tal vez traducirse por gazmoñería.

Te diré, en fin, que si es verdad que en el tea-  
tro, mejor tal vez que en otra parte pueden cono-  
cerse las jóvenes de poco juicio ó de mala educa-  
cion, tambien lo es que á las señoritas verdade-  
ras, á las jóvenes juiciosas y bien educadas se  
les descubre á primera vista.

Tú deberás siempre y en todas partes procurar  
que tus movimientos, tus miradas, tus maneras  
y tus palabras sean las que corresponden á una  
señorita distinguida; pero cuando te presentes  
en público, deberás procurarlo aun con mayor  
empeño; que sea esta una regla general para tí.

Demasiado larga se ha hecho ya esta carta,  
pero yo creo que no te habrá cansado su lectura  
y sobre todo que sacarás mucho provecho de ella  
si sabes aprovechar los buenos consejos que  
te da tu papá.

#### CARTA VII.

Vamos si te parece á hablar algo sobre el ves-  
tido y adorno de las señoras.

Generalmente hablando, las mujeres sienten

una inclinacion irresistible por todo lo que tiene relacion con el adorno de sus personas; á mí me ha sucedido no pocas veces encontrarme conversando con señoras, sobre cosas importantes ciertamente para ellas, y todo se ha acabado luego que ha llegado una costurera con algunos libros de muestras de sedas y de musolinas; la modista y el zapatero son personajes para ellas de la mayor importancia.

Este es un hecho que pasa todos los dias y en todas las casas, y un hecho, que á decir verdad, no hace mucho favor al bello sexo. Que las señoras piensen en vestirse y adornarse lo mejor posible, que busquen con empeño las mas bonitas telas para hacerse ó mandarse hacer sus vestidos; que soliciten los mas bonitos adornos, y el mejor zapatero, y la modista de mejor gusto; todo esto está en el órden, porque el adorno, el buen gusto y la elegancia hacen sin duda parecer mucho mejor á las señoras, y esto es natural que todas lo deseen; pero ese delirio, ese furor, esa especie de enfermedad que tienen muchas mujeres por los trapos y por el adorno de sus personas en general, es preciso convenir en que merece ser criticado y tambien en que las que en tal defecto incurren, no manifiestan tener mucho seso, ó mas claro, deben ser muy superficiales, y por consecuencia no pueden ser mujeres de

mérito, por mas que así lo deseen y aun lo crean algunas de ellas.

Procura tú por tu parte no ser del número de las que deliran con las sedas, los encajes y las modistas; has lo posible por vestirme con gusto y elegancia, pero no te ocupes de ello demasiado, porque si bien es cierto que el vestido y la compostura hacen aparecer mejor á las señoras, y que la negligencia y el abandono son imperdonables en ellas, tambien es ciertísimo que el buen juicio, la discrecion y las gracias personales tienen mucho mas atractivo, mucho mas valor que el mas bonito vestido hecho por la mejor modista y los adornos mas bien escogidos; sobre todo, piensa que todo puede hacerse sin exajeracion, pues que *los extremos son siempre viciosos*; aplica esta regla á todas tus cosas, y nada te saldrá mal.

En cuanto á la elegancia, respecto al traje de las señoras, no hay que confundirla con el lujo, pues son cosas diversas una y otra. La elegancia, que no es otra cosa que el buen gusto, se lleva muy bien con la sencillez, y la prueba es que todos los dias vemos en los paseos, en los teatros y en las tertulias, señoras vestidas con mucho lujo, y sin embargo no las encontramos elegantes; por el contrario, una señora vestida con sencillez pero con muy buen gusto, parece mejor

infinitamente que la primera. Cuando las señoras se visten con demasiado lujo, pero sin gusto, llenándose de adornos y aun de alhajas, sin comprenderlo se convierten en simples aparadores, lo que no es muy apetecible que digamos. La cargazon de adornos en el traje de una señora es de pésimo gusto, y por consecuencia nada elegante. Por regla general te diré, que en este punto vale mas pecar por carta de menos que de mas, un escritor que se ha ocupado mucho de las mujeres, dice á este respecto. "La abundancia de adornos será siempre un recurso y los recursos son para las necesidades.

Es, pues, preciso que tengas mucho cuidado para no caer en este defecto que perjudica tanto á las señoras; quienes fácilmente se equivocan tratándose del adorno de sus personas, pues el deseo de parecer bien las ciega y las conduce sin pensarlo á lo contrario de lo que desean.

¿Habria si no señoras que hicieran uso de la pintura que tan feo papel les hace representar á las desgraciadas que la gastan?

Tambien es preciso que sepas que la finura y distincion en las maneras, y el porte en general elegante, cooperan mucho al lucimiento del traje de las señoras; de aquí es, que es necesario que no solo procures vestirse con gusto y sencillez, sino tambien adquirir maneras distingui-

das, lo que no te será difícil, puesto que esto se adquiere con el trato continuo de gente fina y de buen tono.

Vaya un consejo que no va mal en este lugar. Que tu primer cuidado al dejar la cama por las mañanas, sea el de asearte y vestirse de manera que puedas presentarte á cualquiera persona. Jamas salgas de tu dormitorio, ni menos te presentes á las gentes con el pelo en desórden y desaseada; es indispensable antes de que una señora se presente *aun á los de su propia familia*, que haga un *mi-toilette* como dicen los franceses: sigue este consejo con escrupulosidad *siempre*, entiendes bien? siempre, que muchos bienes puede traerte, yo te lo aseguro. Por otra parte, ¡es tan fácil hacer esto! todo el trabajo es adquirir la costumbre: Procura adquirirla, hijita; mira que mucho provecho puede resultarte de ello, y mucho mal si haces lo contrario.

Tambien es necesario que procures dejar la cama temprano, y no permitas que nadie te vea antes que dejes tu gabinete de dormir. *En cualquiera edad y estado* de la mujer le será conveniente hacer esto: mucho te encargo que sigas escrupulosamente este buen consejo con el cual doy por concluida la presente carta.

Quiero tambien decirte algo sobre alhajas de valor; por las cuales deliran las mujeres, y aun los

hombres muchas veces; y pardiez que no es porque ellas hagan aparecer á las mujeres mas bonitas, sino porque alhagan su vanidad, esta es la verdad; pero sea de ello lo que fuere, el caso es que se tiene mucho interes en llevar alhajas, especialmente á las grandes reuniones, y yo he visto hacer muy costosos sacrificios á los maridos y á los padres de familia por dar y darse gusto en esta parte.

Si algun dia tienes ricas alhajas, se muy económica al usarlas, pues aquellas señoras que usan mucho de ellas, dan lugar á que se les crea vanidosas, y sobre todo, es de mal gusto: las que las tienen, deben sin duda lucirlas, pero solo en casos determinados, y nunca con profusion.

Jamas te pongas alhajas que no sean tuyas, pues las señoras que lo contrario hacen, ademas de vanidosas hacen el papel de tontas.

A propósito de esto, voy á referirte lo que pasó, no ha mucho tiempo, con una señora apreciablesima, sumamente discreta y ademas jóven y hermosa.

Se disponia esta dama para ir á un gran baile y se empeñaban á porfia dos de sus hermanas, ambas casadas y ambas poseedoras de buenas alhajas, en que aquella llevara las mejores al baile; nuestra dama se escusaba de la manera mas fina, pero al fin tuvo que consentir en llevar algunas,

que á la hora precisa, entiendo que todavia se disminuyó algo. Pues bien, hablando sobre esto mas tarde la misma dama con una persona de su confianza, le decia: "Yo no quiero ni debo ponerme alhajas que no sean mías, y las razones que para ello tengo, son estas: Estoy casada con un hombre excelente pero que no es bastante rico para regalarme alhajas de valor, que por otra parte no apetezco en verdad. Aquellas personas que me conocen y saben que no tengo alhajas ¿qué dirán al verme adornada con las ajenas? Dirán por lo menos, que tengo mucha gana de tenerlas propias; tal vez que soy vanidosa, y otras cosas por el estilo. Y las que no me conozcan pero sí á mi marido ¿qué dirán? Tal vez que yo le he obligado á hacer muchos sacrificios para proporcionarme tan ricas joyas, y quien sabe, si habrá alguno que esclame: ¡Pobre marido! se va á arruinar con semejante mujer. ¡Qué verguenza!"

Y mi propio marido, seguia diciendo la dama, ¿qué juzgaria de todo esto? ¡Ah! esta es la parte mas sensible para mí: mi excelente marido con cuya posicion vivo orgullosa, se entristeceria por lo menos al verme contenta con aquellas joyas, y se entristeceria no por otro motivo sino porque no podia darme unas semejantes, puesto que me quiere entrañablemente.»

“Y bien ¿á costa de tanto sacrificio deberé dar gusto á mis buenas hermanas que por el cariño que me tienen se empeñan siempre en que me adorne yo con sus alhajas? Ellas me dicen que debo considerarlas como mias y otras cosas por el estilo, que en mi corazon les agradezco, pero que no es sin embargo razon bastante para que pueda olvidar mis mas sagrados deberes, y aun mi propia conveniencia que está íntimamente ligada con aquellos.»

¡Cuánto buen juicio y cuánta discrecion! ¿no, hijita?

Pues lo mismo que sucede con las alhajas, sucede con los trajes en general: aquellas que quieren ponerse mas de lo que su respectiva posicion les permite, pretendiendo así aparecer ricas sin serlo, hacen un mal papel, pues si uno admira el lujo y la elegancia de su traje, muchos la critican, diciendo tal vez: es increíble cómo puede esta señora gastar este lujo, cuando su marido [ó su Padre] es bien pobre, etc. etc.

Nada, hijita, cada cual debe presentarse lo mejor que pueda sí, pero arreglado siempre á sus recursos; lo demas es una locura y ademas una tontera. Cuida tú siempre de no incurrir en faltas de esta especie, y harás perfectamente.

## CARTA VIII.

Uno de los enemigos mas temibles que tiene el hombre, hijita, es la ociosidad. En efecto, una persona ociosa, cualquiera que sea su edad, su sexo y su posicion en la sociedad, está espuesta á muchos males; jamas la ociosidad conduce á nada bueno, y sí es á menudo causa de muchos de los disgustos y aun desgracias que vienen sobre las gentes; por esto se dice con sobrada razon, que «la ociosidad es madre de todos los vicios.»

Mas afortunadamente, contra esta desgracia que nos puede venir á todos, tenemos á la mano un remedio eficacísimo, y es *procurar siempre tener bien ocupado nuestro tiempo*; y el que usa de este remedio, ó mejor dicho, de este antídoto ó preservativo contra la ociosidad, puede cantar victoria; puede estar seguro de que estará libre de aquella plaga que tanto le puede dañar; así pues, procura estar siempre ocupada para no temer ni remotamente tan grande desgracia: sea cual fuere tu edad, tu posicion y tus circunstancias, procura tener ocupado el tiempo; es un consejo importantísimo que te doy y que te encargo mucho no olvides jamas; así no podrás ser

nunca sorprendida por la ociosidad, que tantos males puede traer sobre tí.

Por ahora, tienes bastante que hacer, puesto que de lo que te ocupas es de perfeccionar tu educacion; sin embargo, mientras mas tengas en qué ocuparte, será mejor, y al efecto, voy á hablarte de una ocupacion muy divertida y bonita para las señoras: me refiero á las plantas y á los pájaros. Yo creo que tú no tienes inclinacion por estas cosas, y es preciso que la tengas, porque ademas de ser una ocupacion sumamente agradable, se presta á consideraciones muy hermosas y de provecho.

¿Quién no se admira, en efecto, al contemplar esas hermosas y variadas flores que adornan nuestros jardines y corredores? ¿Quién no se deleita con su fragante aroma? ¿Quién no contempla con verdadera admiracion cómo salen las plantas de la tierra, cómo van creciendo casi á nuestra vista, y cómo se cubren despues de primorosas y variadas flores?

Pues ¿y los pájaros? especialmente los canarios que son tan bonitos, tan simpáticos, ¿no te admira cómo se multiplican, cómo cuidan las madres de los hijuelos, cómo forman sus nidos, y en fin, cómo hacen dentro de la pajarera cuanto es necesario para su conservacion y bienestar?

¡Ah! es preciso que tu seas amiga de las flores

y de los pájaros; y al efecto, voy muy pronto á poner á tu disposicion una bonita pajarera con los correspondientes canarios. Cuando una señorita llega á tener verdadero gusto y distraccion con estos placeres domésticos, tan inocentes como agradables, de que puede gozar sin salir de su casa, ha ganado mucho y jamas está ociosa, ni se fastidia, pues á ellos ocurre cuando no tiene que hacer cosas de mayor utilidad, y así se evitan las jóvenes muchos malos ratos, y sobre todo, así se acostumbran á estar divertidas y contentas dentro de su propia casa y no siempre deseando salir á la calle, ó asomarse al balcon, del que te diré entre paréntesis, que debes hacer un uso moderado; nada hay que vulgaree mas á las jóvenes que el encontrarlas á toda hora en la calle ó asomadas en su balcon; pon cuidado, observa con atencion, y encontrarás que las jóvenes mas distinguidas por su buena educacion y juicio, hacen muy poco uso del balcon y no se ven continuamente por la calle. Pero esto no quiere decir que es malo que las señoritas se presenten en el balcon y salgan á la calle, no; lo que es malo es el abuso, es decir, que se asomen demasiado al balcon y que se las vea continuamente paseando.

Tú procura siempre estar ocupada y entretenida dentro de tu casa, y mucho ganarás con

ello. No olvides nunca los buenos consejos que te da tu papá.

CARTA IX.

Tú tienes mucha afición á la lectura, y yo me alegro mucho de ello, porque así no te quedarás tan ignorante como otras; pero es el caso que los libros son como los hombres, es decir, los hay buenos y malos, y tanto bien puede hacer la lectura de los primeros, como daño la de los segundos.

Generalmente se dice, y se dice con razon, que el mejor amigo es un buen libro; pero tambien es cierto que el peor, el mas temible enemigo, es un mal libro: y ¡ser preciso leer para saber algo, para instruirse y aun para pasar agradablemente algunas horas de la vida! ¿pues qué hacer en tal caso? Respecto á tí, que es de quien ahora se trata, la cosa es tan fácil como sencilla: lee; pero *no leas jamas un libro sin consultar antes con alguna persona instruida y juiciosa*; esta es regla infalible; obsérvala siempre, y no tengas temor de que te perjudique la lectura.

Acontece muchas veces, que una amiga ú otra

persona poco instruida, con la mejor intencion del mundo, le alaba á uno tal ó cual libro, cuya lectura recomienda mucho; y no pocas veces aun se lo ponen á uno en las manos: esto va á sucederte á tí probablemente. Pues bien, tú oirás los elogios que se te hagan del tal libro y admitirás con agradecimiento la oferta que se te haga del mismo, si se te hace; *pero no lo leas* si no tienes antes una opinion competente; y mientras yo viva, ninguna lo será mas que la mia, porque ninguna persona en el mundo puede tener el interes que yo tengo por tí.

Voy á darte otra regla que tambien te será muy útil: *No leas novelas*. Las novelas no son otra cosa que un bien ó mal urdido cuento donde con mas ó menos talento y habilidad se procura entretener la imaginacion del lector á fuerza de mentiras, que mezcladas alguna vez con uno ú otro hecho verdadero, vienen á hacer una ilusion completa. De aquí que las jóvenes, que generalmente toman muy á lo sério todo lo que leen en tales libros, llenan su cabeza con mil ideas estravagantes, y se vuelven locas, ó románticas que es lo mismo, lo cual es una verdadera desgracia.

Las novelas generalmente son inmorales, y por lo mismo su lectura no puede menos que hacer gran daño á las jóvenes, y no pocas ve-



ces pervertirles el corazón; pero aunque esto no fuera, el menor mal que puede resultar á la persona que lee esta clase de libros, es que pierde miserablemente el tiempo; y esto, cuando hay libros tan útiles, tan buenos y tan divertidos á la vez, no tiene perdon.

Hay tambien, hijita, otra cosa tan perjudicial para las jóvenes como los malos libros, y son las malas amigas.

«Dime con quién andas, y te diré quién eres,» se dice, y no hay cosa mas cierta.

En efecto, una joven juiciosa, fina, bien educada; en fin, una joven de buenas circunstancias, y virtuosa, sobre todo, ¿qué mal puede hacer á sus amigas? Ninguno ciertamente, y sí mucho bien, porque con su ejemplo y con sus buenos consejos no podrá hacer mas que bien, y aun su simple compañía hará ganar mucho á sus amigas.

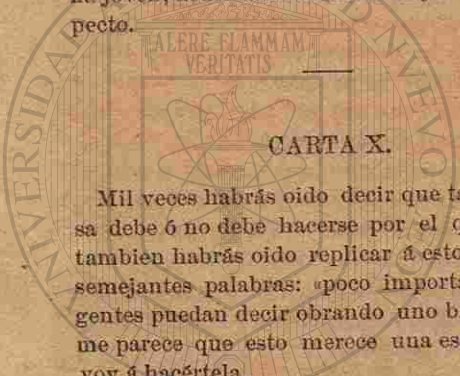
Por el contrario, una joven de poco juicio, ignorante, atolondrada, orgullosa tal vez; una joven, en fin, de malas circunstancias, como hay muchas, puede hacer mucho mal á aquellas que elija por amigas; y esto se comprende perfectamente. ¿Qué consejos, qué opiniones, y qué ejemplo podrá dar una joven alocada, que no piensa en nada serio y que se ocupa únicamente del tocador, del paseo y de los bailes?

Nada, hijita, en cuanto á amigas, poco y bueno; es decir: ten pocas amigas y estas que sean escogidas; y cuando te veas precisada á tratar á alguna joven, cuya conducta no sea satisfactoria, trátala sí con amabilidad y finura siempre, pero procura desviarte de ella. En una palabra, no permitas que se haga tu amiga, para lo cual encontrarás mil expedientes.

Tambien debo decirte otra cosa respecto á amigas, y es que no es conveniente tenerlas *íntimas*, es decir, esas con quienes se tiene una ilimitada confianza; no, esto no es conveniente: bien puede quererse mucho á una amiga de cuya bondad y cariño vive uno satisfecha; pero bueno es siempre no llevar las cosas al extremo, porque *los extremos son siempre viciosos*. Esas amistades íntimas, especialmente entre señoras, tienen generalmente mal resultado; y bueno es, que experimentando en cabeza ajena busquemos oportunamente el remedio para aquel mal.

Con que tenemos, que no se debe leer ningún libro sin tener antes la opinion de una persona juiciosa ó instruida. No deben leerse novelas, porque lo menos que se pierde con su lectura es el tiempo que para tantas cosas útiles necesitamos, no se deben tener muchas amigas, y las que se tengan deben ser muy escogidas: no conviene, en fin, tener amigas íntimas.

Ten siempre muy presente lo que en esta carta te he dicho, que es de la mayor importancia para tu bien; y cuando tengas en la mano un libro, ó estés á punto de hacer amistad con alguna jóven, acuérdate de mis consejos á este respecto.



CARTA X.

Mil veces habrás oído decir que tal ó cual cosa debe ó no debe hacerse por el qué dirán, y también habrás oído replicar á esto con éstas ó semejantes palabras: «poco importa lo que las gentes puedan decir obrando uno bien.» A mí me parece que esto merece una esplicacion, y voy á hacértela.

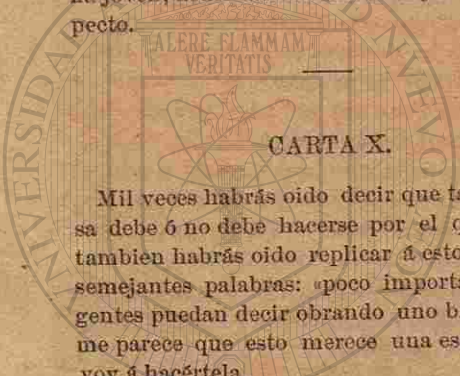
Sujetar uno sus acciones todas á ese «qué dirán» que tanto temen muchos, parece que es una exigencia injusta de parte de la sociedad, y una insoportable servidumbre por otra parte. Pero conformarse con obrar bien y no cuidarse para nada de lo que las gentes puedan decir de uno, creo que tampoco debe ser. Acuérdate de lo que muchas veces te he dicho y te he de repetir hasta el fastidio: *«los extremos son siempre viciosos.»* Si bien no parece justo ni debido que estemos

siempre pendientes del qué dirán, tampoco es razonable ni prudente que no nos cuidemos de él para nada, conformándonos tan solo con obrar bien. Voy á ponerte algunos ejemplos para que me comprendas mejor.

Supongamos que te encuentras en un baile con un jóven amigo íntimo de tu familia y de toda confianza, pues su buena conducta no deja nada que desear; tí que le tratas en tu casa con la mayor familiaridad, quieres hacer otro tanto en el baile; le llamas para que te acompañe á visitar los salones; despues le vuelves á llamar para que te lleve al tocador; mas tarde para que te conduzca á la cena; le das á guardar tu abanico mientras bailas; y en fin, usas con aquel jóven de mucha confianza, ni mas ni menos que como lo haces en tu propia casa en presencia de tus mismos padres.

Mas llega á tí entonces una de tus amigas de mas edad que tú, y por consecuencia mas conoedora del mundo, y te dice al oído: «mira, no uses demasiada confianza con ese jóven cuando estés en sociedad, porque no sabiendo la mayor parte de las gentes que te ven, los motivos que tienes para obrar así, van indudablemente á creerte una muchacha aturdida y lijera y tal vez creerán que estás de él enamorada.» Yo sé muy bien, te agrega, que tu conducta es buena, es

Ten siempre muy presente lo que en esta carta te he dicho, que es de la mayor importancia para tu bien; y cuando tengas en la mano un libro, ó estés á punto de hacer amistad con alguna jóven, acuérdate de mis consejos á este respecto.



CARTA X.

Mil veces habrás oído decir que tal ó cual cosa debe ó no debe hacerse por el qué dirán, y también habrás oído replicar á esto con éstas ó semejantes palabras: «poco importa lo que las gentes puedan decir obrando uno bien.» A mí me parece que esto merece una esplicacion, y voy á hacértela.

Sujetar uno sus acciones todas á ese «qué dirán» que tanto temen muchos, parece que es una exigencia injusta de parte de la sociedad, y una insoportable servidumbre por otra parte. Pero conformarse con obrar bien y no cuidarse para nada de lo que las gentes puedan decir de uno, creo que tampoco debe ser. Acuérdate de lo que muchas veces te he dicho y te he de repetir hasta el fastidio: *«los extremos son siempre viciosos.»* Si bien no parece justo ni debido que estemos

siempre pendientes del qué dirán, tampoco es razonable ni prudente que no nos cuidemos de él para nada, conformándonos tan solo con obrar bien. Voy á ponerte algunos ejemplos para que me comprendas mejor.

Supongamos que te encuentras en un baile con un jóven amigo íntimo de tu familia y de toda confianza, pues su buena conducta no deja nada que desear; tñ que le tratas en tu casa con la mayor familiaridad, quieres hacer otro tanto en el baile; le llamas para que te acompañe á visitar los salones; despues le vuelves á llamar para que te lleve al tocador; mas tarde para que te conduzca á la cena; le das á guardar tu abanico mientras bailas; y en fin, usas con aquel jóven de mucha confianza, ni mas ni menos que como lo haces en tu propia casa en presencia de tus mismos padres.

Mas llega á tí entonces una de tus amigas de mas edad que tú, y por consecuencia mas conoedora del mundo, y te dice al oído: «mira, no uses demasiada confianza con ese jóven cuando estés en sociedad, porque no sabiendo la mayor parte de las gentes que te ven, los motivos que tienes para obrar así, van indudablemente á creerte una muchacha aturdida y lijera y tal vez creerán que estás de él enamorada.» Yo sé muy bien, te agrega, que tu conducta es buena, es

inocente, pero no es discreta; y en la sociedad es preciso serlo siempre, si no quiere uno esponeerse á su crítica que se funda generalmente en apariencias.»

Y bien, ¿seria bien hecho, seria justo que en este caso respondieras á tu buena y juiciosa amiga, que nada te importaba lo que de tí pudieran decir, cuando tú obrabas bien? No ciertamente, porque la respuesta seria indiscreta por demas y aun injusta. Pues aquí tienes algo de lo que no se debe hacer «por el qué dirán.» ¿no encuentras esto razonable?

Conoces á una infeliz madre de familia que vive en la mayor pobreza, á la que socorres cada semana con alguna pequeña suma de dinero ó con alguna ropa, por cuya razon ésta pobre señora viene á visitarte cada ocho dias precisamente. Pues bien, tu pobre protegida dejó de venir una semana, y despues otra; tú te inquietas por ella y tratas de inquirir su casa, que al fin sabes por alguién que te dice que la tal señora se encuentra gravemente enferma y sin recurso alguno: tí te alarmas con esta noticia, y como á la sazón no se encuentran tus padres ni tus hermanos en tu casa, te resuelves á irte sola con una costurera á la casa de tu pobre, que vive en un barrio distante del centro de la ciudad.

Mas á poco andar te encuentras con uno de

tus hermanos, que informado de lo que ibas á hacer, te dice: que irás, pero con él, porque de otra manera harías muy mal, y aun te reprende por no haber reflexionado sobre lo que ibas á hacer.

¿Qué dices de esto? tu visita llevaba un fin mas que bueno, pues que ibas á ejercer una de las obras mas meritorias ante Dios, la caridad; pero, ¿qué juzgarian de tí los que te hubieran visto por calles estraviadas con una criada? porque es seguro que nadie podia saber á lo que ibas. ¿No crees que se podia interpretar tu accion, buena por demas, hasta suponerla muy mala? Pues ve aquí otra de las cosas que no pueden hacerse por el «qué dirán.»

Por lo espuesto te persuadirás fácilmente de que en el mundo no basta obrar bien, es preciso tener ademas mucho cuidado de no hacer cosas buenas que parezcan malas, porque casi siempre se juzga por las apariencias; y por otra parte, la opinion que la sociedad forma de nosotros, bien ó mal fundada, es de respetarse mucho ó influye no pocas veces en nuestra suerte futura.

Procura tener presente todo lo que te digo, porque ello te servirá mucho para saberte conducir en la sociedad y conseguir hacer en ella el buen papel que desees. ®

## CARTA XI

*La amabilidad y la coquetería; la Prudencia.*

Mira de todo lo que vamos á fratar en la presente carta, y por cierto que es muy interesante lo que te voy á decir; vas á verlo.

Creen muchos que ser amable consiste en estar siempre riendo, y nada mas; otros creen que ademas de la risa, la persona amable está obligada á todo, aun á murmurar, á burlar y á criticar á todo el mundo, y en fin, á estar siempre de broma, convenga ó no convenga: pues no es ni lo uno ni lo otro.

La verdadera amabilidad consiste en ser jovial, afable, complaciente y cariñosa con todo el mundo: esto es ser amable, y fácilmente se comprende que el que así se conduce en la sociedad, sea apreciado en ella, y como prueba de que esto es cierto, te contaré que conozco entes que no tienen mas gracia que ser amables y ello les basta para hacerse querer de quantas personas los tratan. Pero tambien conozco personas que á pesar de que rien de todo y con todos, no consiguen hacerse apreciar de nadie, y es porque toda su gracia, toda su amabilidad, consiste en reir constantemente como unos bobos.

Es, pues, preciso que tú procures ser amable,

pero deveras; es decir, que seas afable, jovial, complaciente y cariñosa con todo el mundo; lo mismo con las señoras que con los hombres, lo mismo con los jóvenes que con los ancianos: el que es amable de veras, lo es con todo el mundo; lo demas es una amabilidad finjida que se conoce á primera vista, y que, como todo lo falso, vale muy poca cosa.

Pero al mismo tiempo que debes procurar ser muy amable, debes tambien no querer llevar las cosas hasta el extremo, porque *los extremos son siempre viciosos* y la excesiva amabilidad se parece algo á la coquetería.

La coquetería es un deseo inmoderado que sienten las mujeres por agradar á los hombres, cuyo deseo las obliga muchas veces á hacer cosas indebidas y las hace representar un papel muy despreciable en la sociedad; porque, las coquetas son rechazadas de todas las personas sensatas, tanto como son queridas y consideradas las jóvenes amables, moderadas y juiciosas.

A las coquetas, ese deseo inmoderado que las domina por agradar, las hace cometer mil desaciertos; ellas finjen lo que no sienten, ellas se valen de mil artificios para conseguir su deseo, y hasta olvidan muchas veces sus deberes mas sagrados. Yo no conozco cosa mas despreciable que una coqueta.

Ni remotamente abrigo el menor temor por tí á este respecto, pero, no sería imposible que tu amabilidad, llevada mas lejos de lo conveniente, pudiera acaso equivocarse con la coquetería, y es preciso que huyas de ésta como de una cosa la mas detestable; *los extremos son viciosos*; jamas olvides esto, y así te verás libre de muchos males. Te diré por último, que si las mujeres debén pecar por exajeradas en punto á amabilidad, vale mas que pequen por el extremo opuesto, es decir, es preferible que parezcan demasiado sérias y hasta desabridas, que coquetas.

En cuanto á la prudencia, hijita, te diré que es una virtud de gran valor, especialmente para las mujeres que pueden hacer uso de ella como de una arma invencible. La prudencia nos enseña á distinguir lo bueno de lo malo, para seguir lo primero y huir de lo segundo. La prudencia es la cordura, la templanza, la moderacion en las acciones: vé, pues, si la prudencia es una virtud de inestimable valor, como que se la llama *la sal de las virtudes*.

Todos á nuestra vez decimos que somos prudentes, pero no es cierto, la prudencia es fruta que no abunda en el mercado del mundo, yo te lo aseguro; y sin embargo, es necesario á toda costa procurar adquirir esta virtud hasta donde nos sea posible, porque ella es aprecabilísima,

y tan útil y provechosa para la persona que la posee, como para las que con ella tratan; tanto valor tiene la prudencia.

¿No te ha acontecido alguna vez encontrarte en una visita con una señorita que portaba un hermoso ramo de flores? ¿Y no notaste que aquel ramo que tan buen efecto hacia en la mano de la que lo llevaba, llamaba al mismo tiempo la atencion de todos los presentes, á quienes, á la vez que deleitaba con los hermosos matices de sus flores, embriagaba con el purísimo aroma que esparcía por todo el salon? Pues así es la virtud de la prudencia, no solo sirve de adorno y realza el mérito de la persona que la tiene, sino que admira, deleita y halaga á cuantos se encuentran cerca de ella.

Por otra parte, cuando el prudente comete un desacierto, el que no lo es ha cometido ciento. El prudente se evita muchas incomodidades y disgustos y aun se los evita tambien muchas ocasiones á sus semejantes. Con prudencia se aplaca la cólera del hombre mas irritado y aun se le hace entrar en razon. El que tiene prudencia se mantiene siempre en los límites de lo justo y de lo razonable; el prudente con su ejemplo y con sus buenos consejos consigue muchas veces volver prudente al que no lo es; y el prudente, en fin, consigue de sus semejantes con

aquella virtud lo que otros no han podido conseguir con la razon ni aun con la fuerza.

Vano empeño seria el mio si me propusiera en esta carta hacerte conocer todo el valor de esta virtud, que aunque no fuera mas que por egoismo deberiamos procurar adquirir á toda costa; pero si te diré para concluir la presente carta, que una mujer prudente es un tesoro; ella no puede tener disgustos serios ni con sus padres, ni con su marido, ni con sus hermanos, ni con sus hijos, ni con nadie. ¿No te parece que esto solo seria bastante para que procuráramos todos ser muy prudentes? Tú procúralo por tu parte para que seas dichosa y muy querida de todo el mundo como lo eres de tu papá.

### CARTA XII.

De muchas cosas te he hablado ya en mis anteriores cartas; y sin embargo hemos dejado en el tintero un asunto importantísimo: ¿Cuál te parece que es? Pues, ni mas ni menos, que el de los novios, como los llaman las niñas, ó el de los aficionados ó pretendientes, como los llamaré yo.

¿Y por qué no habiamos de hablar de ellos? ¿Acaso hay asunto reservado de un padre para una hija cuando del bienestar de esta se trata? Vamos pues, entrando en materia, que ella es bonita por cierto, y mucho puede servirte lo que con este motivo te voy á decir.

Dios dispuso la recíproca inclinacion de los sexos y no hay por lo mismo que decir una palabra mas sobre ello. Pero lo que si nos toca hacer á nosotros, es moderar nuestras inclinaciones para que ellas no nos hagan daño. Ya ves, que no hay cosa mas natural que comer, y sin embargo, el que no cuida de metodizar sus comidas, el que come como un perro de cuanto se le presenta y á la hora que le viene á las manos, se enferma y se muere tal vez; porque *no es el uso que hacemos de las cosas lo que nos daña, es el abuso el que nos perjudica.*

¿Y tú sabes cómo se llama esa inclinacion recíproca de los sexos, de que venimos hablando, cuando se fija en una sola persona? Pues ese es, ni mas ni menos, el amor, el mismo mismísimo á quien se pinta en figura de niño con sus alitas doradas, los ojos vendados, y tirando flechas á diestra y siniestra: ¿no le has visto alguna vez? estoy seguro de que sí.

Pues bien, en lugar de aquel niño que nadie ha podido jamas ver sino pintado, tenemos hoy

muchos niños, que si bien no llevan doradas alas, ni los ojos vendados, ni el careax y las flechas que parecen ser los atributos característicos de aquel pequeño y simpático personaje, si llevan sus elegantes trajes y sus bigotitos muy perfumados, y aun sus flechas, sino que en lugar de cargarlas en el respectivo careax como aquel, estos las llevan en la lengua, en los ojos, y aun en el papel y la pluma de que se sirven algunas veces.

En efecto, luego que los jóvenes sienten la menor inclinación por las niñas, se lanzan á hacerlas la corte á todas sin el menor cumplimiento, lo que en verdad no debe extrañarse, pues que todo ello en los primeros años de la juventud no pasa de una diversion.

¿Pero y las niñas? ¿qué hacen á todo esto? porque los jóvenes poco ó nada pueden perder en la jugada. Vamos á saber qué hacen las niñas. Unas, que lo toman todo á lo sério, se ponen muy formales, y hacen un papel muy ridiculo, pues no pueden persuadirse de que todo ello no pasa de una broma. Otras, por el contrario, se degradan hasta ponerse al nivel de sus pretendientes; hablan con ellos con la mayor familiaridad, bailan, y rien, y reciben sus obsequios, y les dan la flor que ellos solicitan; y en fin, siguen la broma adelante como si no tuvieran

nada que perder. Mal, muy mal se conducen por cierto las que tal hacen.

Otras hay que mas discretas y juiciosas, reciben bien á todos, y á todos tambien tratan con mucha amabilidad, pero teniendo mucho cuidado de no escoderse en nada, ni mucho menos permitir que con ellas se propasen en lo mas mínimo los jovencitos: bailan con todos pero moderadamente, admiten sus obsequios pero cuando ni remotamente puedan interpretarse de una manera desfavorable á ellas. Cuando se les dirijen palabras lisongeras ó se usan con ellas galanterías de las que no pueden con razon ofenderse, se manifiestan agradecidas, pero jamas hacen mas caso de ellas que el que merecen; y cuando se encuentran con un pollo bastante atrevido que se aventura á decirles algo que en lo mas mínimo puede ofenderlas, toman desde luego una actitud muy seria, y procuran deshacerse luego del importuno pretendiente.

Pues bien, ¿ves lo que hacen estas últimas? pues es lo que ni mas ni menos deberás tú hacer llegado el caso: porque de las primeras dice la sociedad que son tontas y orgullosas, de las segundas, que son fáciles y coquetas, y de las últimas, que son unas señoritas muy amables y finas, con las cuales sin embargo no pueden divertirse mucho los jovencitos. Porque no hay



que cansarse, hijita, de divertirse y nada mas tratan los jóvenes cuando van á decir á las niñas que las quieren mucho, que sienten una irresistible simpatía por ellas, y otras cosas por el estilo. Las niñas, por su parte, deben oír y ver estas cosas como un pasatiempo, si se quiere, agradable; como ven y oyen una música cuando pasa tocando por el frente de sus balcones, porque aquellas que son bastante crédulas, ó mejor dicho, bastante bobas para tomar la cosa á lo sério, y tienen la debilidad de corresponder á aquellas insinuaciones amorosas, pueden estar seguras de que al otro dia serán públicos los favores que hayan hecho, pues los mismos que los recibieron, los publicarán, y ellas, con la mayor inocencia del mundo tal vez, representarán el papel de coquetas, ó de tontas por lo menos.

Los hombres en general, hijita, tienen gusto en lucir los favores que reciben de las mujeres, y aun el honor mismo de éstas es algunas veces sacrificado á aquel deseo pueril que domina especialmente á los jóvenes.

Y como apesar de todo, hay aquello de que, somos de carne y hueso, como se dice vulgarmente, y la lisonja nos gusta, y el incienso nos desvanece, y no pocas veces nos hace perder completamente la cabeza, es necesario, hijita, tener mucho cuidado con estas cosas; tú por tu

parte procura ser siempre muy juiciosa, moderada y precavida en todo; y así te verás libre de muchos sinsabores y disgustos, que en caso contrario vendrian á amargar tu vida y á hacerte desgraciada.

Nunca, en ninguna situación de tu vida olvides mis consejos.

### CARTA XIII.

Con que ya sabes, que eso que se llama amor, puede sernos fatal si no procuramos ponerle de acuerdo hasta donde sea posible con nuestra razón y con nuestra conveniencia.

Y bien, ¿cómo libertarnos del gravísimo daño que puede traernos una inclinacion desgraciada? Cómo harémos para poder esperar á pié firme á este enemigo que el dia menos pensado puede sorprendernos, á fin de poder rechazarle ó capitular con él si así nos convinere? Vamos á ver todo lo que te puedo decir sobre esta materia, que es delicada y espinosa en verdad; pero como yo no pretendo otra cosa que aleccionarte oportunamente, valiéndome para ello de mi propia experiencia y nada mas, entro con toda franque-

za en materia, bien seguro de que algun provecho podrás sacar de mis lecciones.

Como si á su mayor enemigo estuvieran esperando, así deben vivir las jóvenes en guardia siempre, para que, luego que empiecen á sentirse heridas por aquel sentimiento que tan funesto puede serles, hagan uso de todo su juicio, de toda su razon, y de quantas armas de este género puedan haber á las manos para defenderse, y colocarse en la posicion que mejor les convenga. Pero cuidado, que en este punto es necesario que anden muy listas, porque si dejan pasar el tiempo oportuno, les faltarán completamente las armas únicas de que pueden hacer uso para su defensa, y Dios solo puede calcular las consecuencias.

¿Y por qué tanto cuidado, tanta vijilancia y tanto empeño para defenderse y aprovechar el tiempo oportuno en los negocios de amor? Porque este es el gran negocio para las jóvenes, porque se trata nada menos que de escojer el hombre con quien la mujer debe vivir toda su vida: y si para tomar una costurera, si para escojer un vestido ó comprar un gorro dan tantos pasos, toman tantos informes y piden tal vez tantos consejos, ¿cuánto no deberá hacer una pobre jóven cuando se trata de un hombre con quien unirá un día tal vez su suerte para siem-

pre, bajo cuyas órdenes tiene que vivir muchos años, un hombre que será el padre de sus hijos y que por consecuencia puede hacerla muy dichosa ó muy desgraciada! Vaya que bien merece la pena de que las muchachas pongan sus cinco sentidos en este negocio de vida ó de muerte para ellas: ¿no te parece, hijita?

Quando un general que tiene la mision de defender una plaza, ve venir sobre ella al enemigo, ¿sabes lo que hace? Pues en primer lugar, saca su antejo para reconocerle antes que se acerque: despues, manda exploradores ó espías para que le vengán á decir todo lo que con el antejo no pudo distinguir y entonces, es decir, cuando el general sabe perfectamente la clase de enemigo que tiene al frente, lo desprecia si es insignificante; lo bate y rechaza si es fuerte, ó entra en capitulaciones con él, si esto le parece mas conveniente. Pero en este último caso, antes reúne á su consejo y piensa bien lo que debe hacer para decidirse, porque éste es su deber y sin éstos prévios requisitos, jamas se atreveria á capitular un general, ni mucho menos á entregar una plaza cuya defensa se le hubiere confiado.

Creo que me habrás comprendido perfectamente: á esos floristas de oficio que tienen la costumbre de galantear á todas las jóvenes, se rie uno de ellos y se les trata con la mayor indife-

rencia; no merecen otra cosa: á aquellos que se cargan demasiado hasta fastidiar á sus pretendidas, como hay muchos, se les hace entender con amabilidad y finura, pero tambien con cierta energía, que molestan y que deben retirarse. Yo te aseguro que pocos resisten á estas esplicitas manifestaciones hechas por las mismas jóvenes.

PERITUR  
VERITATIS  
UNIVERSIDAD

PERO si entre los pretendientes hubiese uno que por sus buenos antecedentes y cualidades, pareciese á primera vista digno de consideracion; entonces, y antes de permitir que se acerque demasiado, se piensa, se raciocina y lo que es mas, se aconseja uno, como haria el general antes de decidirse á entregar la plaza al enemigo, y despues, se hace lo mas conveniente.

ES necesario que las mujeres y especialmente las jóvenes, vivan persuadidas de que siempre tienen necesidad de los consejos de una persona discreta y prudente, y por lo mismo, lo primero que deben hacer, es buscar esta persona ó personas, que muchas encontrarán sin dificultad tal vez en el círculo de su familia: sus propios padres y los buenos hermanos serán siempre los mejores consejeros para una joven; pero, si por el carácter de aquellos ó otras circunstancias accidentales ellas prefieren otras, sea en hora buena. Un confesor sábio, virtuoso y prudente

será en todo caso un excelente consejero; cuiden las mujeres de tenerlo siempre así, y mucho habrán ganado con ello. Por lo que á tí toca, hija, no te digo esto último como un consejo solamente, sino que te lo impongo como un precepto con el cual espero cumplirás fielmente, y yo te prometo que mil veces tendrás que felicitarte por ello.

CARTA XIV.

Pues que tanto hemos hablado de novios y pretendientes en las dos anteriores cartas, hablemos algo sobre maridos, que allá se va todo.

Y bien ¿qué cualidades deberá tener un hombre para ser buen marido?

Dicen que para conocer bien á las gentes se necesita haber vivido con ellas, y bajo un mismo techo, por quince dias á lo menos. En efecto, en la vida íntima es donde se pueden únicamente conocer bien las buenas ó las malas cualidades de una persona; necesario es, que sean éstas ó muy buenas ó muy malas para que se les pueda distinguir á primera vista; y de aquí es, que no es empresa muy fácil la de poder conocer bien al hombre que escojan las niñas para ma-

rído. Sin embargo, un hombre de mala educación y grosero, que apenas puede tratarse en sociedad, debe ser en todo caso un marido detestable; así como igualmente lo será un avaro aunque sea mas rico que Crespo.

Un tonto orgulloso, aunque sea muy rico y bien educado, jamas podrá servir para modelo de buenos maridos: y otro tanto sucederá con uno de esos señoritos de casa grande, muy buenos tal vez, y muy finos tambien, pero sin mundo, sin experiencia alguna; de esos que hasta despues de casados no salen solos de noche á la calle: yo creo, que cuando uno de estos jovencitos hace feliz á una jóven, es por mera casualidad.

Jamas podrá ser un buen marido, aunque tenga la mas fina educación y sea ademas un adonis, el jóven que no sabe hacer otra cosa que componerse el bigote, vestirse y calarse los guantes: uno de esos «leones» ignorantes y necios que parece que están enamorados de sí mismos; porque la mujer antes de todo necesita casarse con un hombre, y á uno de estos entes, apenas puede considerárseles como tales.

El hombre que carece absolutamente de recursos, jamas podrá ser un buen marido, aunque por otra parte sea la honradez y la bondad misma; porque si bien es cierto, que el dinero no

hace por sí solo la felicidad de los matrimonios, tambien lo es, que donde no hay puchero es casi imposible que haya paz doméstica, y mucho menos dicha y felicidad. El oro, hijita, el oro anda siempre muy cerca de estas dos señoras, tras de las que muchos corren y pocos alcanzan.

¿Pues qué, tan difícil cosa será encontrar un buen marido? dirás allá para tus adentros, despues de haber leído lo anterior. No tal, hijita, un jóven honrado, juicioso y bien educado; de buenos y religiosos sentimientos, trabajador, de buen génio si fuere posible, y con una carrera ó empleo que le proporcione lo necesario á lo menos para atender á los gastos de su nuevo estado, podrá ser un excelente marido. Y si á las equalidades dichas se agrega, el talento, por ejemplo, la buena posición social, ó el dinero, ya tendríamos como quien dice, un marido á pedir de boca.

Pero desgraciadamente, las mujeres gustan mucho del oropel y las esterioridades y á menudo la echan á perder en punto á maridos. ¡Ah! cuántos les perjudica esto. ¡Cuántos matrimonios he conocido yo desgraciados por esta causa. Porque no hay que hacerse ilusiones, la elegancia en el vestir, la buena figura, la juventud y aun el amor mismo, todo se consume despues de poco tiempo en la cocina del matrimonio y quedan

solo las buenas cualidades, las virtudes de los cónyuges: si no hay éstas ¿qué será de ellos, qué será de la familia?

Figurate que hay dos niñas que tienen vehementes deseos de tener cada una su reloj; y que al fin su papá les dice que se los regalará, y les ordena que se encarguen ellas mismas de comprarlos, sin fijarles precio; pero si les advierte, que en mucho tiempo no podrá comprarles otros. Salen en efecto las niñas en busca de su tan deseado reloj, y mientras que la una se prenda de los primeros que vé, alucinándose con su exterior que es muy bonito, la otra mas discreta y mas reposada, vé todos los que le presentan, los examina, y busca los mejores aunque no sean los mas bonitos. La primera se decide pronto por uno que desde luego compra, y la otra, toma varios para consultar con su papá y sus hermanos antes de decidirse á comprar el suyo, pero al fin, las dos hermanas son dueñas cada una de un reloj, los que limpian á cada momento, y enseñan muy satisfechas á todas sus amigas, y los contemplan, y los quieren llevar á todas partes, manifestándose completamente satisfechas con la adquisicion de aquellas alhajas que tanto habian deseado.

Pero, un año ha pasado solamente, y ya ni se limpian los relojes: ni se les dá cuerda siquiera,

ni se les enseña á nadie, ni se hace en fin caso de ellos: el entusiasmo, la ilusion pasaron como pasa todo en la vida, y solo quedó la sustancia, la realidad, es decir: á aquella de las dos hermanas que pensó mas y supo escojer un buen reloj, sin hacer gran caso de las apariencias, le quedó una alhaja que le sirve, que la luce y que tiene en fin su valor, mientras que á la otra que tomó lo primero que se le presentó, sin pensar bien lo que hacia y contentándose con apariencias, solo le queda un reloj malísimo que no le sirve para nada, ni tiene ya valor alguno.

Pues si esto sucede con un reloj ú otra cualquiera alhaja, que se puede cambiar ó vender, porque la cuestion es solo de dinero, ¿qué sucederá con un marido cuando salga malo? ¿un marido! es decir, un hombre con quien hay que vivir toda la vida salga bueno ó malo.

Porque no hay que engañarse, hijita, aquel amor vehemente que sienten los jóvenes cuando son novios, desaparece despues de poco tiempo cuando son marido y mujer. Cierto es, que vienen á sustituirlo ventajosamente, un cariño, un afecto y una estimacion mucho mas sólidos, sustanciales y duraderos que aquel; pero tambien lo es, que este cariño, y esta estimacion y este afecto pueden perderse, sino hay prudencia y tino por parte de los cónyuges, y entonces.....

¡Ah! entonces el matrimonio vendrá á convertirse en un verdadero purgatorio.

Pero adónde voy á dar, para qué me afano en hablarte de novios y maridos, y matrimonio, á tí que no debes todavía pensar mas que en tu educacion, en tus lecciones y en tus maestros que te darán aún algo que hacer por algun tiempo?

Sin embargo, yo no me arrepiento de haber tocado tales cosas, porque bueno es que las sepas: así estarás mejor preparada para el tiempo en que debas pensar en ello.

Aproyéchate de todos los buenos consejos que te doy, y no dudes que si los sigues fielmente, serás tan dichosa como lo desea tu papá.

#### CARTA XV.

Dignidad: decoro. Hé aquí la materia de que nos vamos á ocupar hoy, y por cierto que es bien importante.

Todos los días oímos decir á muchas personas que tienen decoro y que les sobra dignidad: sin embargo, pocas pueden decirlo con razon, pues á cada paso se tropieza con gente, aun de eleva-

da posicion, que está muy lejos de poseer aquellas buenas cualidades.

La dignidad, hijita, es, la elevacion, la nobleza en el caracter ó conducta de una persona; y el decoro, es el respeto, la honra que una persona llega á merecer por su porte y por sus buenas acciones: y en las niñas especialmente, es tambien la pureza, la honestidad, el recato. Fácilmente comprenderás por lo que te acabo de decir, que no deben ser frutas muy abundantes en el mercado del mundo, la dignidad y el decoro.

Pues sin embargo de todo, lo cierto es, que estamos obligados á esforzarnos por conseguir de aquellas tan apreciables cualidades, la mayor parte posible, porque aquella persona á quien le faltan del todo la dignidad y el decoro, indudablemente no será jamas estimada, ni mucho menos considerada en la sociedad, sino por el contrario, vista con indiferencia y aun despreciada muchas veces.

El hombre como la mujer pueden muy bien ser considerados y aun estimados en la sociedad, euando les falte por ejemplo la hermosura, el talento, el dinero y hasta la buena educacion, que es mucho decir; pero faltándoles del todo el decoro y la dignidad, creo que es imposible que puedan contar con la consideracion de sus semejantes y mucho menos con su estimacion y su

¡Ah! entonces el matrimonio vendrá á convertirse en un verdadero purgatorio.

Pero adónde voy á dar, para qué me afano en hablarte de novios y maridos, y matrimonio, á tí que no debes todavía pensar mas que en tu educacion, en tus lecciones y en tus maestros que te darán aún algo que hacer por algun tiempo?

Sin embargo, yo no me arrepiento de haber tocado tales cosas, porque bueno es que las sepas: así estarás mejor preparada para el tiempo en que debas pensar en ello.

Aproyéchate de todos los buenos consejos que te doy, y no dudes que si los sigues fielmente, serás tan dichosa como lo desea tu papá.

#### CARTA XV.

Dignidad: decoro. Hé aquí la materia de que nos vamos á ocupar hoy, y por cierto que es bien importante.

Todos los días oimos decir á muchas personas que tienen decoro y que les sobra dignidad: sin embargo, pocas pueden decirlo con razon, pues á cada paso se tropieza con gente, aun de eleva-

da posicion, que está muy lejos de poseer aquellas buenas cualidades.

La dignidad, hijita, es, la elevacion, la nobleza en el caracter ó conducta de una persona; y el decoro, es el respeto, la honra que una persona llega á merecer por su porte y por sus buenas acciones: y en las niñas especialmente, es tambien la pureza, la honestidad, el recato. Fácilmente comprenderás por lo que te acabo de decir, que no deben ser frutas muy abundantes en el mercado del mundo, la dignidad y el decoro.

Pues sin embargo de todo, lo cierto es, que estamos obligados á esforzarnos por conseguir de aquellas tan apreciables cualidades, la mayor parte posible, porque aquella persona á quien le faltan del todo la dignidad y el decoro, indudablemente no será jamas estimada, ni mucho menos considerada en la sociedad, sino por el contrario, vista con indiferencia y aun despreciada muchas veces.

El hombre como la mujer pueden muy bien ser considerados y aun estimados en la sociedad, euando les falte por ejemplo la hermosura, el talento, el dinero y hasta la buena educacion, que es mucho decir; pero faltándoles del todo el decoro y la dignidad, creo que es imposible que puedan contar con la consideracion de sus semejantes y mucho menos con su estimacion y su

respeto. Por regla general, aquel que quiere que se le considere, se le estime y aun se le respete en la sociedad, tiene que empezar por considerarse, por estimarse, por respetarse á sí mismo. En esto consiste la dignidad y el decoro, cuyas buenas cualidades muchos quieren atribuirse y pocos poseen en efecto; pero como son tan despreciables aquellos que no las tienen, hasta cierto punto es necesario disculpar la manía tan general, ó mas bien dicho la audacia de apropiarse todos tan estimables cualidades.

Supongamos, por ejemplo, que existe una jóven muy bonita y muy elegante tambien, pero que es superficial y aturdida, que concurre á todas las tertulias y se la ve en todas partes: que en los bailes da generalmente una misma pieza para bailar á dos ó mas jóvenes: que usa de mucha familiaridad en su trato con los hombres; que mientras á uno da á guardar su abanico, á otro da su pañuelo; que aun en sus conversaciones no usa un lenguaje tan fino y comedido como conviene á una señorita. Pues bien: ¿podrá esta jóven lijera é indiscreta, que así falta á su propio decoro, exigir que se le considere, que se le estime, y mucho menos que se le respete? ¿Podrá ella decir que tiene dignidad, que tiene decoro? No ciertamente: los jóvenes por lo pronto se agruparán á su derredor para divertirse

con ella, pues á esta clase de mujeres buscan siempre en las reuniones para pasar el rato, pero al otro dia, criticarán ellos mismos muy severamente sus lijerezas y liviandades, y aun los pequeños favores con que tal vez distinguió á algunos, ya prefiriéndolos en el baile con desaire de otros, ya dejando en su poder un guante ó una de las flores que adornaba su peinado, todo se tendrá por coquetería y nada mas.

Por el contrario, á una señorita que es medida y juiciosa en todas sus acciones y palabras, que pone el mayor cuidado en no cometer con nadie la mas pequeña falta, que en todas partes y con todos es tan amable como discreta, ¿quién no la apreciará, quién le faltará en lo mas mínimo? ¿y quién no dirá tambien que aquella jóven tiene mucho decoro y le sobra dignidad?

Yo conozco á una señora casada y con hijas grandes por cierto, que se da mucha importancia de gente de mundo y á menudo se le oye hablar de su dignidad y su decoro.

Pues bien: esta señora, cuando no es invitada para un baile, no tiene embarazo en solicitar un convite por medio de alguno de sus amigos. Cuando no tiene alhajas propias que llevar á la tertulia, no pulsa tampoco el menor inconveniente en pedir las suyas á alguna parienta ó amiga para lucirlas ella; cuando lleva luto, por



estrecho que sea, y se atraviesa una diversion á la cual ella quiere asistir, lo suspende sin el menor escrúpulo, aunque sea su propio hermano el que acaba de bajar al sepulcro.

Ahora bien, ¿qué dignidad, ni que decoro podrá tener quien tales cosas hace, ni cómo podrá esperar consideración y respeto de los demás aquel que no sabe respetarse á sí mismo?

En fin, hijita, sabes ya lo que es decoro y lo que es dignidad; aquel que sabe respetarse á sí mismo y respeta también á los demás; aquel cuyas acciones y palabras no dan jamás lugar á la justa censura; aquel en fin, que en todas sus cosas se manifiesta digno y decente, ese será siempre, no solo considerado, sino verdaderamente estimado y aun respetado en la sociedad.

Quiera Dios que tú tengas mucha dignidad y mucho decoro, para que seas estimada de todo el mundo.

#### CARTA XVI.

Hoy quiero hablarte de dos defectos ó mejor dicho vicios que son muy comunes especialmente en las mujeres, me refiero á la *murmuración* y á la *envidia*.

En efecto, casi no hay conversacion en que no se hable mal de alguna persona y aun se podría decir con propiedad que la murmuracion ha llegado á ser entre nosotros la sal de todas las conversaciones. Tal es el hábito que hay en nuestras personas de hablar mal, de herir y no pocas veces sin el menor fundamento ni razon á todo aquel que cae bajo el dominio de sus lenguas.

El daño que hace aquel que habla mal de sus semejantes con razon ó sin ella, es incalculable, basta reflexionar un poco para convencerse de ello.

Y ¿cuál, pregunto yo, es el bien que resulta á los que tal hacen, á los que tan mala costumbre han llegado á adquirir? pues los que roban, por ejemplo, sacan indudablemente algun provecho material de su mala accion; pero el que murmura por costumbre ¿cuál es el provecho que saca, cuál el bien que puede esperar? Ninguno, absolutamente ninguno, si no es el de hacerse temible en la sociedad, que huirá al fin de él como de una serpiente venenosa; porque, no tiene duda, que el que habla con nosotros mal de los demás, es seguro que con otros hablará de nosotros, y pardiez que no es apetecible la amistad con esta clase de personas.

Ahora, concretándonos á las mujeres [que en punto á murmuracion le llevan á los hombres

mucha ventaja] preciso es convenir en que, la mayor parte de las veces que murmuran se trasluce en su murmuracion cierto espíritu de envidia que les hace muy poco favor, porque la envidia, hijita, es por sí sola tanto ó mas fea que la murmuracion misma; sin embargo, todas las mujeres niegan haber sentido envidia de nadie ni por nada, pero esto no es cierto. Dice un antiguo proverbio, que «si la envidia fuera tñia, habria muchos enfermos de ella.» Tantos creo yo que habria, y especialmente enfermas, que no se podrian contar facilmente.

Voy ahora á esplicarte lo que es envidia, porque he visto no pocas veces interpretar muy mal esta palabra á varias señoras. Mas claro, creo que no todas saben bien lo que propriamente debe llamarse envidia.

Envidia es la inquietud que siente el alma causada por la consideracion de un bien que se desea y de que goza otro; en sustancia, hijita, sentir tristeza por el bien ajeno, esto es envidia, Meta ahora cada cual la mano en su corazon y diga si es envidioso ó no.

Yo he oido á muchas señoras á quienes se hacia el cargo de tener envidia de otras, estas ó semejantes palabras. No señor: yo no tengo envidia de fulana; que yo quisiera ser bonita; que yo quisiera ser elegante, cortejada y rica como ella,

no lo niego, pero eso no es tener envidia, porque yo no le quiero quitar lo que tiene aunque quisiera tener lo mismo ó mas si fuera posible. Pues bien: las que tal dicen, las que tal quieren, sin comprenderlo son envidiosas; porque ese deseo que sienten de tener lo que otras, aunque no les quieran quitar lo que tienen, está indicando que sienten algun pesar de que aquellas tengan lo que ellas no possen, y esta es precisamente la envidia.

Yo no digo que esto sea siempre, puede acaso suceder que se desee tener lo que otros tienen sin sentir por esto tristeza alguna por el bien que aquellos gozan y uno no tiene. Puede ser muy bien esto, repito, y en tal caso no hay envidia, pero generalmente sucede lo contrario. Reflexionando un poco antes y poniéndose en seguida la mano sobre el corazon, digan todas las que estos renglones lean si tengo ó no razon en decir que hay muchas envidiosas.

Preciso es por tanto, que tú te empeñes en no adquirir la mala costumbre de murmurar, ni mucho menos tener envidia por nada ni de nadie: calla siempre que oigas que otros murmuran, y si puedes desviar la conversacion y llevarla por otro camino, hazlo; pero por ningun motivo tomes parte en semejantes conversaciones: reflexiona que no te pueden traer bien al-

guno: por el contrario, si no tomas parte en ellas y cuando sea posible defiendes con prudencia á las personas criticadas, ganarás mucho. Yo conozco muchas jóvenes que hacen esto y son alabadas por todo el mundo, pues todo lo temible que es una persona que todo lo critica, que de todo murmura, es apreciable aquella que hace lo contrario, es decir que jamas murmura ni critica á nadie; procura tú á toda costa adquirir este hábito para que seas querida y apreciada en todas partes.

Hay tambien otra especie de murmuradoras que son las mas temibles por cierto, y son las que murmuran con hipocresía. Conozco señoras que cuando oyen [por ejemplo] hablar de que tal familia tiene una buena posicion y vive con lujo, dicen [con cierto aire de compasion] «sí..... ciertamente es una familia que parece ser muy feliz, sin embargo, yo he oido decir que tiene deudas, pero no me crean ustedes, agrega, porque tal vez esta sea una suposicion de los que lo dicen, porque hablan mucho las gentes..... Pasa una dama por la calle y se hacen elogios de su traje, y de su gusto para vestir, así como de su proverbial amabilidad, y entonces la murmuradora hipócrita dice con cierto aire de ironía: sí, es amable, demasiado amable segun dicen malas lenguas, aunque es preciso no

tomar á lo sério todo lo que se dice, porque es necesario contar conque hay gentes que todo lo critican y de todo el mundo hablan mal.»

De aquí es, que las murmuradoras hipócritas hacen mas perjuicio que las que murmuran y critican descaradamente. Pero lo mas notable de este vicio es, que las personas que en él incurren son siempre las que mas defectos tienen y por lo mismo las que mas obligadas están á callar, pues aquellas que tienen juicio, moderacion y pocos defectos rara vez toman parte en esta clase de conversaciones, y cuando la toman por necesidad, su murmuracion, su crítica, es casi inofensiva. Pues bien, para que tú no murmures ni critiques á nadie, es preciso que te propongas hacerlo así: tu edad es la mas á propósito para adquirir hábitos buenos y malos; procura pues, adquirir los buenos, sirviéndote para ello de los consejos que te doy y algun día me agradecerás mucho todo lo que estoy haciendo y haré siempre que pueda para que seas muy buena y muy feliz.

## CARTA XVII.

Modestia, humildad, vanidad, orgullo. Vamos á tocar en la presente carta estas cuatro materias que quiero conserves bien para que procures ser modesta y humilde, á la vez que huyas siempre de la vanidad y del orgullo como de los defectos mas grandes que pueda tener una mujer.

«La modestia [dice un sabio escritor] es el primero y mas sazonado fruto de cuantos puede producir la buena educacion.»

«La modestia supone bondad y regularidad en los pensamientos y en las acciones: es el amor de todo lo conveniente y verdadero: es la humildad, la caridad, la justicia: prescindamos de la modestia y habremos franqueado la entrada á los vicios y la salida á las virtudes.»

«Consecuencia inmediata de la modestia, es el aprecio de los merecimientos ajenos y el menosprecio de los propios: así que, la modestia puede considerarse como un antejo del alma, de tal manera dispuesto, que abulta los objetos distantes y hace casi imperceptibles los mas próximos.»

¿Qué te parece, hijita? ¿A que no tenías idea de que tanto valia la modestia? Voy, pues, aho-

ra á explicarte á mi modo y de una manera que puedas comprender bien, lo que es esta virtud, y la manera al mismo tiempo de practicarla.

Una muger modesta, no se alaba jamas de nada, por mas que esté persuadida de que tiene mérito. Si toea con perfeccion el piano, si baila con mucha gracia, jamas se notará ni en sus ademanes, ni en sus palabras, ni en sus ojos, ni en nada, que esté satisfecha de sí misma; si habla perfectamente un idioma extranjero, si dibuja bien, si sus obras de bordado pueden servir de modelo, si el traje que viste es del mas exquisito gusto y elegancia, nunca se trasluirá en su semblante, ni en sus acciones, ni en sus palabras, que experimenta la menor satisfaccion por aquello y mucho menos que pueda creerse superior á otra alguna.

La mujer modesta tiene mucho cuidado y discrecion al hablar de sí misma, y usa siempre mucha compostura y recato en los ojos.

Yo asistí no hace mucho tiempo á una reunion donde ví y hoy tocar en el piano á dos jóvenes señoritas: las dos hermanas, por cierto, y las dos muy inteligentes tambien: tocaron juntas una pieza de mucha fuerza á cuatro manos y la tocaron admirablemente. Cuando ambas se separaron del piano en medio de los bravos de los concurrentes, cada una rodeada de algunos de es-

tos; mientras una de ellas se manifestaba satisfecha, casi orgullosa, caminando con cierto aire de triunfo que se marcaba bastante en sus ademanes y en su semblante; la otra jóven sonreía de la manera mas modesta y graciosa que te puedas imaginar, manifestándose como ruborizada de los elogios que se le tributaban.

Quando á la primera la decian que habia tocado á la perfeccion, que era una verdadera maestra en el piano, etc.; ella respondia con cierto aire de vanidad: «no señores, ustedes me lisonjean por urbanidad; pero lo cierto es que la pieza ha salido mal, muy mal. Yo no sé lo que he tenido esta noche que no he podido tocar absolutamente.»

La otra jóven por el contrario, á los elogios que se le hacian respondia con marcada finura y amabilidad: «gracias señores, gracias: son ustedes muy bondadosos, si la pieza ha salido bien se le debe á la excelente compañera que he tenido; cuando se toca en compañía de personas inteligentes, es preciso quedar bien, y caminaba siempre sonriendo sin que su semblante manifestara el menor sentimiento no solo de vanidad; pero ni siquiera de satisfaccion por los justos elogios que se le tributaban.

Yo observaba esto en compañía de otros caballeros con quienes estaba, y pude notar perfec-

tamente el contraste tan marcado que presentaban ambas jóvenes. De un lado la modestia; tal vez la humildad: la vanidad y el orgullo del otro. Todo el mundo pudo notar lo mismo que yo, y todo el mundo tambien dió un lugar muy preferente á aquella jóven que á la habilidad de tocar perfectamente el piano, reania la de ser sumamente modesta y humilde. Las dos tocaron muy bien, y sin embargo, una de ellas se llevó la palma sin haberlo pretendido siquiera, si no al contrario, procurando apocar su mérito y enaltecer el de su compañera, que por desgracia era vanidosa en extremo.

«Ya ves esto? pues otro tanto acontece siempre en todas las cosas: el verdadero mérito es conocido de todos y no necesita por lo mismo del menor esfuerzo por parte del que lo tiene; por el contrario, si al mérito se le agrega la modestia, crece aquel de una manera sorprendente.

Pero es necesario sin embargo, que sepas que hay ocasiones, aunque son raras, en que una persona modesta está obligada á no serlo, ó á lo menos, á ocultar aquella virtud, y esto acontece cuando encuentra uno con gentes orgullosas ó necias que ignoran el valor de la modestia y pretenden confundirla con la humillacion y la bajeza: solo en tales casos es lícito vencer la modestia; perderla jamas.

La mujer modesta, especialmente si es jóven, es querida de todos, es deseada en todas partes; tiene las simpatías de todo el mundo; mientras que la orgullosa es generalmente poco apreciada en la sociedad, y algunas veces aun temida y rechazada de ella. Preciso es, por tanto, que tú procures adquirir el hábito de esta virtud, empéñate en ser modesta; pero modesta de veras, no finjida como hay muchas, que por esto ademas de qué es muy comun y se conoce con facilidad como todo lo falso, no vale nada, puesto que es una modestia verdaderamente artificial. Dice un sabio acerca de esto, «que una mujer francamente orgullosa, es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta,» mira pues, si es apreciable la modestia que no es verdadera.

Algunas jóvenes habrá á quienes su carácter, tal vez altivo ú orgulloso naturalmente, les presente como una cosa muy difícil la adquisicion de la modestia, por mas que conozcan todo el bien que les resultaria de serlo. Mucho se engañan por cierto las que así discurren: ¿se pueden adquirir los vicios? ¿pues por qué no se han de poder adquirir las virtudes? El que ha de adquirir el vicio de la bebida empieza por tomar un solo trago, y esto lo hace tal vez con disgusto; despues aumenta la dosis,

y lo va tomando gusto al licor hasta que este llega á serle muy agradable, y entonces ya adquirió la costumbre de beber. Mas tarde esta mala costumbre se convertirá en un vicio. Esto es indudable, y tendremos ya un ébrio en toda forma.

Pues así se adquieren, hijita, todas las costumbres: lo mismo las buenas que las malas, y una vez adquirida una costumbre, si es mala, pronto se llegará á adquirir un vicio: si es buena, pronto se llegará tambien á adquirir una virtud. Convencimiento, voluntad firme y constancia. Hé aquí lo que se necesita para adquirir los buenos hábitos, las buenas costumbres, que mas tarde se convertirán tal vez en virtudes. Esfúerzate tú en adquirir la de la modestia y aléjate siempre del orgullo que tanto perjudica, aun á las mujeres de mérito mas reconocido.

No quiero concluir la presente sin proporcionarte un buen rato.

Es el caso, que hace pocos dias vino á mis manos un precioso libro, donde entre otras bellísimas composiciones de poetas alemanes, encontré una que es preciso que tú conozcas, y que por otra parte, viene muy bien aquí, para servir de final á esta carta. Te la voy á copiar en seguida, y por supuesto en el mismo idioma que la

he leido, para no hacerle perder mas de lo que indudablemente habrás perdido ya en la primera traduccion.

### LA MERVEILLE DES FLEURS.

Dans une valée silencieuse brille une belle petite fleur; sa vue flatte l'œil et le cœur, comme les feux du soleil couchant; elle a bien plus de prix que l'or, que les perles et les diamans, et c'est à juste titre qu'on l'appelle la merveille des fleurs.

Il faudrait chanter bien long-temps pour célébrer toute la vertu de ma petite fleur et les miracles qu'elle opère sur le corps et sur l'esprit; car il n'est pas d'elixir qui puisse égaler les effets qu'elle produit, et rien qu'à la voir on ne le croirait pas.

Celui qui porte cette merveille dans son cœur devient aussi beau que les anges; c'est ce que j'ai remarqué avec une profonde émotion dans les hommes comme dans les femmes: aux vieux et aux jeunes, elle attire les hommages des plus belles âmes, telle qu'un talisman irrésistible.

Non, il n'est rien de beau dans une tête orgueilleuse, fixée sur un cou tendu, qui croit dominer tout ce qui l'entoure; si l'orgueil du rang ou de l'or l'a raidi le cou, ma fleur merveilleu-

se te le rendra flexible, et te contraindra à baisser la tête.

Elle répandra sur ton visage l'aimable couleur de la rose; elle adoucira le feu de tes yeux en abaissant leurs paupières; si ta voix est rude et ériarde, elle lui donnera le doux son de la flûte; si ta marche est lourde et arrogante, elle la rendra légère comme le zéphyr.

Le cœur de l'homme est comme un luth fait pour le chant et l'harmonie; mais souvent le plaisir et la peine en tirent des sons aigus et discordans: la peine, quand les honneurs, le pouvoir et la richesse échappent à ses vœux; le plaisir, lorsque, ornés de couronnes victorieuses, ils viennent se mettre à ses ordres.

Oh! comme la fleur merveilleuse remplit alors les cœurs d'une ravissante harmonie! comme elle entoure, d'un prestige enchanteur la gravité et la gaieté même! Rien dans les actions alors, rien dans les paroles qui puisse blesser personne au monde; point d'orgueil, point d'arrogance, point de prétentions!

Oh! que la vie est alors douce et paisible! Quel bienfaisant sommeil plane autour du lit où l'on repose! La merveilleuse fleur préserve de toute morsure, de tout poison; le serpent aurait beau vouloir te piquer, il ne le pourrait pas!

Mais croyez-moi, ce que je chante, n'est pas

une fiction, quelque peine qu'on puisse avoir à supposer de tels prodiges. Mes chants ne sont qu'un reflet de cette grâce céleste que la merveille des fleurs répand sur les actions et sur la vie des petits et des grands.

Oh! si vous aviez connu celle qui fit jadis toute ma joie! la mort l'arracha de mes bras sur l'autel même de l'hymen; vous auriez aisément compris ce que peut la divine fleur, et la vérité vous serait apparue comme dans le jour le plus pur.

Que de fois je lui dus la conservation de cette merveille! elle la remettait doucement sur mon sein quand je l'avais perdue; maintenant un esprit d'impatience l'en arrache souvent, et toutes les fois que le sort m'en punit, je regrette amèrement ma perte.

O toutes les perfections que la fleur avait répandues sur le corps et dans l'esprit de mon épouse chérie, les chants les plus longs ne pourraient les énumérer; et comme elle ajoute plus de charmes à la beauté que la soie, les perles et l'or, je la nomme la merveille des fleurs; d'autres l'appellent la modestie.

¡Y bien! ¿no me das las gracias por haberte hecho conocer esta bellísima composición?

## CARTA XVIII.

Conformidad, resignacion, saber vencerse, hé aqui la materia de la presente carta que muy especialmente te recomiendo.

La vida, hijita, se encuentra por todas partes sembrada de disgustos y penas: á unos les toca mas, y á otros menos, es verdad; pero á todos nos toca algo y el que no aprende á sufrir, el que no sabe conformarse con las penas que Dios le envía, será sin duda mas desgraciado que aquel que sabiendo vencerse vive conforme ó á lo menos resignado con los disgustos y trabajos que puedan sobrevenirle. En esto no cabe duda.

Desde que tenemos uso de razon, hasta que morimos, nos vemos á cada momento contrariados, sea cual fuere nuestra edad y nuestra posicion: el hombre y la mujer, el jóven y el anciano, el pobre y el rico; todos están sujetos á esta ley que es comun para toda la especie humana.

Tú ves que á los niños pequeños no les gusta la escuela, y sin embargo se les hace ir por fuerza; los niños mayores, tampoco van contentos al colegio; pero se les obliga á ir: los jóvenes de ambos sexos quieren hacer generalmente cosas que no puede permitirseles; y las personas mayores á su vez, se ven tambien obligadas á ha-



cer muchas veces lo contrario de lo que desean.

Bien: pues si cualquiera que sea nuestra posición y nuestra edad hemos de tener que luchar con este mal que es inherente á la especie humana, natural es que procuremos acostumbrarnos á llevar con paciencia, á conformarnos de buena voluntad, con todo lo malo que nos pueda venir; y para ello es necesario adquirir el hábito de sabernos vencer que es el principio de la conformidad.

Malísimo sistema es por lo mismo, que se eduque á las niñas como si solo hubiesen nacido para gozar, como si todos los sucesos que les reserva el porvenir debieran combinarse en su ventura enseñándoles solo á adornarse, á lucir y á brillar en la sociedad; pero no á ceder, á padecer, á resignarse.

Sin embargo, yo he oído decir á algunos padres, de esos que por todo pasan con tal de dar gusto á sus hijas, estas ó semejantes palabras: «Yo quiero que mis hijas gozen cuanto sea posible mientras yo viva, y si alguien me critica por ello, sepa que yo no educó á mis hijas para amas de llaves ó costureras.»

¡Cuánta ceguedad!

No. Si ha de haber contrariedad, es necesario que haya prudencia para dirijirse: si ha de haber enemigos, es preciso que haya vigor para re-

sistirles: si no hay en el mundo, en fin, quien esté al abrigo de las vicisitudes y de las alteraciones de la fortuna, es necesario tener recursos para suplir sus faltas: valor para sobrellevar el infortunio, y serenidad de ánimo para conservar la paz del alma. Verdades son estas que nadie puede negar, porque están al alcance de todo el mundo.

Nuestros gustos con nuestros deberes y aun con nuestra conveniencia personal no están de acuerdo muchas veces; y de aquí las contrariedades que sufrimos todos los días; pero por conveniencia propia debemos vencernos y hacernos aquello que nos convenga, seguros de que mas tarde recojeremos el fruto indudablemente.

Si se hubiera dejado á tu elección ir ó no á la amiga, primero, y después al colegio; pocas veces hubieras ido por cierto; pero fuiste, aunque contrariada y hoy estás bien persuadida de que te ha resultado mucho bien de ello. ¿No es verdad? Pues lo mismo sucede siempre y con todo: no lo dudas, tú tendrás muchas veces deseo de hacer cosas tal vez que no se te permitan, como no se te permitió antes que dejaras de ir al colegio; de pronto sentirás mucho verte contrariada, pero mas tarde conocerás, no hay duda, el bien que de ello te resulta.

Las jovencitas como tú, no saben lo que les puede ó no convenir, porque les falta el conocimiento del mundo que solo dan los años. Por lo mismo, tú debes vivir cierta de que aquello que no se te permita hacer es indudablemente para tu felicidad, que es la que vamos buscando. Muchas veces sin duda vas á verte contrariada en tus deseos, y cuando no puedas bien comprender todas las razones que tendremos para no darte gusto, fácil es que te impacientes y aun te disgustes sin que nosotros podamos remediarlo por mas que así lo queramos.

Pues bien; para estas ocasiones es necesaria la conformidad, la resignacion, y el hábito de saberse vencer sobre todo, que debes procurar adquirir á toda costa ahora que empiezas á vivir; ahora que eres una jovencita que tan fácilmente te puedes acostumbrar á lo bueno como á lo malo.

Y tanto mas debes tomar empeño en adquirir este hábito saludable, cuanto que la posicion que guardas en la sociedad, es diffeil hasta cierto punto. En efecto: tú perteneces por tu familia y por tus relaciones de amistad á la clase mas distinguida de nuestra sociedad, y con ella por lo mismo tienes que tratar todos los dias: sin embargo, tú no eres rica, como lo son la mayor parte de tus parientes y de tus amigas, cu-

ya circunstancia podrá acaso disgustarte algunas veces.

Nada, hijita: confórmate siempre de buena voluntad con lo que Dios quiera darte, y jamas pretendas tener lo que no puedas: deja que otras gasten magnificas telas, ricos encajes y preciosas joyas que tú no puedes tener, y procura solo aventajarlas en instraccion, en gracias, en amabilidad y en virtud sobre todo; para que sin ser rica valgas tanto ó mas que aquellas. Acuérdate siempre que te venga la idea de que no tienes lo que otras, de que hay muchas mas que no tienen lo que tú y sin embargo viven muy tranquilas y muy contentas.

Tú has recibido una educacion esmerada: tú perteneces á una familia honrada y distinguida: tú tienes en lugar de una madre, dos que te quieren y se interesan por tí igualmente: de tus varios hermanos, hay algunos grandes que son buenos, te quieren mucho y toman el mayor interes por tí; y tienes en fin un papá que hará mientras viva cuanto pueda por tu felicidad. ¡Vaya que esto ya es algo! que ello te anime cuando venga á tu imaginacion la idea de que no eres tan dichosa como algunas de tus amigas.

El dinero, el lujo y aun la opulencia, no hacen por sí solos la felicidad de las gentes. Es la

educacion, las gracias, la instruccion, y la virtud sobre todo, lo que hace á las gentes mas estimables y felices en el mundo. No lo dudes. Piensa tambien, que una jóven pobre de mérito no es difícil que llegue á ser rica; mientras que una rica sin él no es fácil que pueda adquirirlo; pero sí podrá convertirse en pobre con la mayor facilidad del mundo: esto lo ves todos los dias.

Sobre todo, conformidad, resignacion; así se sufre menos en todo caso: la pobreza, la miseria misma no tienen armas contra el que sabe sufrir, contra el que sabe conformarse y vivir resignado; pues convirtámos esa necesidad en una virtud, así nos haremos la vida menos pesada á lo menos, ó mas agradable si Dios nos manda pocas penas.

Para concluir esta carta quiero copiarte un párrafo que he leído en un libro que ha llamado mucho mi atencion, y viene como de molde en el caso presente.

«La vida es un don de Dios, y no es lícito ni preguntarle: ¿por qué para unos es una copa de néctar circundada de flores y jazmines, mientras para otros es un cáliz de hiel cuyo borde está erizado de espinas? Dulce ó amarga esta bebida, debemos apurarla hasta las hezes; si cada uno de nuestros dias es dulce como una gota de miel

y fragante como una flor, ofrezcamos á Dios llenos de gratitud estas flores que recojemos en el sendero de la vida; si cada dia es para nosotros como una rosa marchita y espinosa que no podemos tocar sin dolor porque nos hieren sus espinas, recojamos estas rosas con resignacion y ofrezcámoslas tambien humildemente á Dios, pues no tenemos otra ofrenda que presentar en sus altares.

¡Qué hermoso pensamiento! ¿no hijita? Yo espero que habrás leído esta carta con mucho gusto y atencion, y sacarás de ella todo el provecho que yo deseo.»

### CARTA XIX.

Te dije en mi primera carta que la práctica de la virtud era lo primero en que debías pensar, y te ofrecí explicarte en lo que ella consistia y aun la manera de practicarla.

Pues bien, ha llegado el momento en que toquemos este punto importantísimo, y voy á hablarte sobre él de la mejor manera y con la mayor claridad que me sea posible.

La verdadera virtud, hijita, no consiste solamente en visitar los templos diariamente, rezar

educacion, las gracias, la instruccion, y la virtud sobre todo, lo que hace á las gentes mas estimables y felices en el mundo. No lo dudes. Piensa tambien, que una jóven pobre de mérito no es difícil que llegue á ser rica; mientras que una rica sin él no es fácil que pueda adquirirlo; pero sí podrá convertirse en pobre con la mayor facilidad del mundo: esto lo ves todos los dias.

Sobre todo, conformidad, resignacion; así se sufre menos en todo caso: la pobreza, la miseria misma no tienen armas contra el que sabe sufrir, contra el que sabe conformarse y vivir resignado; pues convirtámos esa necesidad en una virtud, así nos haremos la vida menos pesada á lo menos, ó mas agradable si Dios nos manda pocas penas.

Para concluir esta carta quiero copiarte un párrafo que he leído en un libro que ha llamado mucho mi atencion, y viene como de molde en el caso presente.

«La vida es un don de Dios, y no es lícito ni preguntarle: ¿por qué para unos es una copa de néctar circundada de flores y jazmines, mientras para otros es un cáliz de hiel cuyo borde está erizado de espinas? Dulce ó amarga esta bebida, debemos apurarla hasta las hezes; si cada uno de nuestros dias es dulce como una gota de miel

y fragante como una flor, ofrezcamos á Dios llenos de gratitud estas flores que recojemos en el sendero de la vida; si cada dia es para nosotros como una rosa marchita y espinosa que no podemos tocar sin dolor porque nos hieren sus espinas, recojamos estas rosas con resignacion y ofrezcámoslas tambien humildemente á Dios, pues no tenemos otra ofrenda que presentar en sus altares.

¡Qué hermoso pensamiento! ¿no hijita? Yo espero que habrás leído esta carta con mucho gusto y atencion, y sacarás de ella todo el provecho que yo deseo.»

### CARTA XIX.

Te dije en mi primera carta que la práctica de la virtud era lo primero en que debías pensar, y te ofrecí explicarte en lo que ella consistia y aun la manera de practicarla.

Pues bien, ha llegado el momento en que toquemos este punto importantísimo, y voy á hablarte sobre él de la mejor manera y con la mayor claridad que me sea posible.

La verdadera virtud, hijita, no consiste solamente en visitar los templos diariamente, rezar

mucho y dar algunas limosnas á los pobres que se encuentran por las calles; no: esto es bueno; muy bueno sin duda; pero no bastante para que solo por ello pueda con razon llamarse á una mujer virtuosa.

La mujer verdaderamente virtuosa, ademas de cumplir con los preceptos del culto externo que Dios y su Iglesia imponen á todo católico, debe ser caritativa, benéfica, prudente, humilde y modesta; debe recibir con gusto lo mismo los goces que las penas que Dios quiera mandarle; debe conformarse de buena voluntad con la suerte que en el mundo le haya tocado, y no envidiar jamas la de aquellas personas que se encuentran colocadas en posición superior á la suya. La mujer virtuosa, en fin, debe saber vencerse á sí misma y hacer cuanto bien pueda á sus semejantes.

Me parece ya oírte decir, *que es mucho lo que tienes que hacer para ser virtuosa.* No tal: ni es mucho, ni es tampoco difícil. ¿Qué tendrás, pues, que hacer para ser caritativa? Tendrá: que no hacer mal á nadie y sí bien á todo el que puedas.

¿Y cómo se hará esto? Muy fácilmente por cierto. No hablando mal; no difamando, no quitando el crédito á persona alguna; no descubriendo los defectos de nadie; no haciendo en

fin con otros lo que en igualdad de circunstancias no quisieras que contigo se hiciera.

¿Y qué tendrás que hacer para ser benéfica? tendrás que estar siempre dispuesta á hacer bien á todo el mundo, cuando oigas hablar mal de alguna persona procurarás defenderla, ó á lo menos hacer cesar esta conversacion; cuando se difame ó se quite el crédito á alguno en tu presencia, tendrás que salir prudentemente á su defensa; cuando veas á alguno en peligro, deberás advertírsele y salvarlo si fuere posible; no deberás escasear tus buenos consejos á aquel que de ellos necesite; deberás consolar al que se encuentre afligido y socorrer al que esté necesitado. En una palabra: ser benéfica, quiera decir, que deberás estar siempre dispuesta á hacer con tus semejantes, lo mismo que en igualdad de circunstancias quisieras que ellos hicieran contigo.

Esta es la caridad. Esta es la beneficencia. Y esta es tambien en sustancia la verdadera virtud.

Y bien: ¿te parece muy difícil hacer todo esto? ¿pues qué, preferirás ocupar tu vida en quitar el crédito y en hablar mal de todo el mundo? ¿Quieres ser envidiosa y no estar nunca contenta con lo que tengas? ¿Quieres hacerte notar en la sociedad por tu egoismo y por tu indiferencia

para con tus semejantes desgraciados, pasar por orgullosa y de mal corazon? ¿Quieres, en fin, caer solo en gracia á la gente aturdida y loca que nada vale? No ciertamente, tú no puedes querer esto, porque de esa manera jamas lograrás ser querida y apreciada de tus semejantes como lo deseas, sino por el contrario, mal recibida y aun despreciada tal vez muchas veces.

Y cuidado que hasta aquí solo hemos considerado á la virtud como un medio el mas eficaz para hacerse una persona estimar de sus semejantes.

Pero, ¿y nuestros deberes para con Dios? ¿Y nuestra alma? En cuanto á Dios, bien sabes que le debemos todo amor y toda reverencia; y amor verdadero, porque él nos crió y á él debemos cuanto tenemos, y de él únicamente podemos esperar todo en lo futuro.

Tambien sabes perfectamente, que en cuanto á nuestra alma, nuestras acciones en esta vida decidirán de la suerte que haya de tocarnos en la otra. Parece por tanto fuera de toda duda, que por deber, por gratitud, y aun por egoísmo debemos procurar ser buenos.

¿Qué comparacion puede tener nuestra vida en la tierra, por mucho que dure, con aquella que nos espera mas allá del sepulcro? ¿Cómo

pueden compararse setenta ú ochenta años con toda una eternidad?

Es necesario por tanto que seas buena. Toma el mayor empeño en ello: esfuérzate en vencer cualquier inclinacion que pudieras tener á lo malo, y procura adquirir el hábito de todo lo bueno. Tu edad es la mas á propósito para conseguirlo. Busca un buen modelo. Es decir, una buena y virtuosa jóven que no te será difícil encontrar, tal vez en el círculo de nuestra propia familia, y despues que la hayas encontrado, trabaja por imitarla: este es un buen medio de que te puedes valer para ser buena, para ser virtuosa.

Mucho te recomiendo que medites seriamente en todo lo que acabo de decirte en esta carta: mira que el talento, las gracias, el dinero y aun la hermosura nada valen sin la virtud, que por sí sola hace á la mujer tan recomendable á los ojos de Dios como á los del mundo: es preciso, es indispensable por lo mismo que tú seas virtuosa.

Para terminar la presente carta, voy á copiar en seguida algo que he encontrado en un libro que ha escrito un jóven literato español de mucho talento. Dice éste, hablando de la hermosura y la virtud:

“La hermosura es una flor lozana que brilla

en el jardín de la vida: el aroma de esa flor es la virtud. Si la flor no tiene aroma, cuando un soplo del viento la ha deshojado ó un rayo del sol ha venido en mala hora á marchitarla, de sus colores tan bellos, de su frescura y lozania solo queda un tallo seco. Mas si tiene aroma la flor, bien puede el viento maltratarla, bien puede el sol agostarla, el aroma no se extingue; se esparea en el vendabal y se eleva hasta la region del firmamento; penetra en la esfera azul y se confunde mas allá de las estrellas.»

¡Cuánto valor tiene la virtud, no hijita!

CARTA XX.

El lujo, la economía. El lujo, hijita, es una verdadera plaga para las familias, y no pocas veces la causa inmediata de su ruina; mientras que la economía es la garantía de su porvenir, el mas eficaz antídoto contra la adversidad y la miseria. Esto no necesita pruebas, lo ve, lo palpa todo aquel que tiene un poco de juicio y sensatez.

Y bien, ¿qué cosa es lujo, y á qué deberemos propiamente dar el nombre de economía? Fijé-

monos antes en esto, para poder discernir con acierto en esta importante materia de que te voy á hablar en la presente carta.

Lujo, es el gasto escesivo y superfluo que se hace por ostentacion ó vanidad. Economía es el órden en los gastos; mas claro, no gastar mas de lo necesario, considerando, se entiende, la porcion metálica y social de cada persona ó familia. De manera, que cuando Juan podrá gastar mil pesos en satisfacer solo un capricho, sin que se pueda decir con razon que es lujoso y gastador, Pedro no podrá hacer otro tanto con diez sin incurrir en estos defectos. Podrá decirse que una familia gasta lujo, porque mantiene un solo carruaje á su servicio, mientras que no podrá decirse lo mismo, de otra que se sirve de cinco ó seis. Si una de las mas ricas familias de México gastara, por ejemplo, setenta mil pesos anuales, no dejaria de pasar entre nosotros por estremadamente lujosa y gastadora; mientras que en Europa hay muchas familias que gastan mas, y pasan por moderadas y económicas. Todo es respectivo en este mundo, hijita, y por esto es, que un literato español, que escribió muy buenas comedias por cierto, nos dice con mucha gracia en una de ellas, que «no hay riucho ni poco, respectivamente hablando y dice muy bien.

Con que, ya estamos en que el lujo nos perjudica, por mas que él contente nuestro amor propio y alhague nuestra vanidad: por lo mismo, es conveniente que procuremos huir de él como de un enemigo que puede perjudicarnos haciendo al mismo tiempo buenas amistades con la economía, que será siempre nuestra mejor amiga

Y bien, dirás acaso, despues de haber leído lo anterior. ¿Qué tengo yo que hacer con el lujo y la economía? Acaso soy ni puedo ser lujosa? No procuro hacer mis vestidos por mi misma y de la manera mas sencilla y económica, así como gastar lo menos posible en el adorno de mi persona? No cuido todas mis cosas para que se conserven siempre en buen estado?

Todo esto es verdad; sin embargo, muy conveniente es y aun necesario que sepas algo mas de lo que prácticamente sabes en materia de lujo y economía; porque..... en fin, no siempre has de ser niña y vivir con tus padres: tal vez un dia serás ama de casa; acaso madre de familia, y qué se yo si rica. ¿Sabe alguien lo que la suerte le tiene reservado, y mucho menos las niñas de tu edad?

Una mujer económica, hijita, es un tesoro para su familia, porque, como te dije antes, la economía es el orden en los gastos, y el orden en los gastos supone orden en todo lo demas. Muy

raro seria en verdad encontrar una señora que fuera dentro de su casa económica y ordenada, y fuera de ella lo contrario: que para sus gastos domésticos fuera muy moderada, y gastadora para sus trajes y diversiones. No, esto no es posible, y si es posible no es comun; la que sabe manejarse con orden y juicio dentro de su casa, se sabe conducir de la misma manera fuera de ella.

Y cuidado que no vayamos á confundir la economía con la mezquindad y la avaricia, porque entre aquella y estas hay tanta diferencia como lo que hay entre lo negro y lo blanco. Ser económico es una cualidad muy apreciable en la sociedad, mientras que los mezquinos y los avaros son los entes mas detestables que se conocen.

Pero lo gracioso del caso es, que á juzgar por el dicho de todos los interesados, no hay mezquinos ni avaro en el mundo; ni tampoco gente que gaste lujo; ni siquiera quien gaste mas de lo necesario: todos somos económicos, todos vivimos de la manera mas ordenada, y todos en fin, somos modelos de juicio, moderacion y bondad; pero nada de esto es cierto por desgracia.

Tú conoces bien muchas familias que gastan lujo y no son modelos de economía ciertamente, y también tratas algunas que viviendo con to-



das las comodidades que puede proporcionar el dinero, observan en sus gastos y en todas sus cosas un orden y una economía dignas de imitarse. Tú ves igualmente que estas últimas no gozan menos que las primeras, pero si gastan la mitad solamente, y tal vez, se disfruta de una tranquilidad en sus casas, desconocida en las de las primeras, debido esto sin duda al orden que en ellas hay establecido.

Pues bien, tú que ves todo esto, estudia la manera de vivir de unas y otras, y especialmente el método que cada señora observa en el gobierno de su respectiva casa, para que comparando uno con otro, procures aprender todo lo posible de aquella que pueda bien servirte de modelo, conociendo al mismo tiempo los defectos u omisiones en que las otras incurran para saberte preservar de unos y otros.

Ah! si las mujeres comprendieran todo lo que influyen en su porvenir y en el de sus familias, estos principios de orden y economía de que venimos hablando! si supieran todo lo que el lujo puede perjudicarlas. ¡Oh! entonces harian sin duda menos caso de los trapos, las chácharas y los moños, y se dedicaran con empeño á formarse antes que otra cosa amas de casa, madres de familia. Procura tú, hijita, hacerlo así, y si alguna vez tienes hijas, enséñales con los precep-

tos de la mas sana moral, á ser ordenadas y económicas en todas sus cosas, lo que ciertamente es muy compatible con el goce y los placeres moderados que son licitos á las señoras que quieren vivir bien y tranquilamente en el mundo.

Dicen que el lujo es hijo del amor propio, hermano de la vanidad y primo carnal de la envidia y el orgullo: ¿dime si con semejante parentela podrá esperarse algo bueno de tal caballero? Sin embargo, es preciso convenir en que tiene muchos adoradores, por mas que todos conven-gamos en las fatales consecuencias que nos trae generalmente su compañía.

Bien, pues por lo mismo que el lujo es tan seductor para todos, es preciso que procuremos alejarnos de él cuanto nos sea posible; mientras mas temible es el enemigo, mas obligados estamos á hacer esfuerzos por libertarnos de él.

¿Y por qué tanto afán por hacer á las señoras económicas á la vez que enemigas del lujo? ¿no sería mas sencillo que los señores que deben saber mejor estas cosas, establecieran en sus respectivas casas el orden, la economía y aun el modo de vivir (respecto á lujo) que mas les conviniera? ¿Pues no son ellos los que mandan y nosotras las que debemos obedecer?

Tal les ocurrirá sin duda preguntar á mas de cuatro señoras despues de haber leído la presen-

te carta; pero en tal caso, yo les contestaría desde luego de esta manera.

Cierto, muy cierto es, señoras mías, que en todo caso los hombres debemos mandar y vosotras obedecer; mas, como del dicho al hecho hay un gran trecho, resulta, que en la práctica es precisamente lo contrario, es decir, que vosotras mandáis y nosotros obedecemos: ¿lo creereis? pues ni mas ni menos: tal es el ascendente, tal el dominio que vosotras llegáis comunmente, si tener sobre nuestro corazón, que llegáis á hacer lo que quereis de nosotros. Y si á esto se agrega, que ellas tengan mas talento que ellos como sucede muchas veces. ¡Oh! entonces sois omnipotentes; vuestra soberanía no tiene límites, es absoluta. Y en verdad que si así no fuera, ¿cómo podríamos explicar la conducta de muchos hombres, á quienes vemos hacer cosas que... apenas pueden creerse?

Pero, aun suponiendo que no fuera así el hecho cierto, indudable es, que las señoras son las que mandan en el interior de sus casas, (no podría ser de otra manera) y de aquí, que, por déspotas y voluntariosos que sean los hombres siempre tendrán que vivir hasta cierto punto subalternados á las mujeres, quienes á la larga se salen siempre con cuanto quieren: esto es de fé. ¿Y te parece, hijita, que esto solo no es bastante

para que desde jovencitas procuren las señoras ser económicas y poco amigas del lujo? Además, ¿quién ignora lo que pasa en las casas gobernadas por señoras casquivanas y antieconómicas, donde todo es desperdicio, todo desorden é inmoralidad; muy al contrario que en aquellas á cuyo frente se encuentran señoras prudentes, juiciosas y económicas, donde el orden, la moralidad y el bien estar, hacen constantemente la apolojía de sus respectivas señoras?

Pero, basta ya de lujo y de economía, que ya se ha hecho demasiado larga la presente, de la que espero sin embargo, que hayas sacado mucho provecho.

#### CARTA XXI.

Caridad: ¡Qué hermosa palabra! ¿no hijita? ¡y cuánto quiere decir! bien merece la pena por lo mismo, que nos ocupemos de esta virtud, que tan recomendable hace á los que la practican á los ojos de Dios como á los del mundo; sí, á los del mundo tambien, porque tambien los hombres hacen muchas veces justicia á los que practican la caridad; tanto así vale, tanto así puede esta sublime virtud.

En efecto, socorrer al necesitado, dar de co-

mer al que tiene hambre, consolar al que está afligido, curar al enfermo, enjugar las lágrimas del que llora, y en general, hacer bien á nuestros semejantes desgraciados, se comprenden bien que deben ser obras muy meritorias, no solo para Dios que nos las tiene impuestas como un deber sino para el mundo, para los mismos hombres, que son testigos de sus propias acciones y reciben inmediatamente los beneficios.

Pero no vayas á creer, como equivocadamente creen muchos, que la caridad consiste simplemente en dar limosna á los pobres; no, esta no es la caridad por mas que sea una buena obra, y mucho menos cuando la limosna se da con indiferencia, como para salir del paso, ó por lujo tal vez como sucede frecuentemente: no, repito, de esto á la caridad hay una inmensa distancia.

La caridad cristiana, hijita, la verdadera caridad, consiste en hacer bien á nuestros semejantes, por amor á Dios y sin el menor interes mundano por parte del que lo hace; todo lo que así no sea, será una buena obra, será la beneficencia, que es tambien una virtud de gran valor, pero no la caridad, que es la virtud por excelencia, que es la virtud de las virtudes. «La caridad no es envidiosa ni temeraria, ni precipitada ni injusta. La caridad no se paga del orgullo, ni es ambiciosa; ella no busca nunca el in-

teres propio; ella no se irrita jamas, ni piensa mal de nadie. La caridad, en fin, ve con horror la mentira, pero se regocija con la verdad; lo tolera todo, lo cree todo, lo espera todo, y lo sufre todo.»

Por otra parte, es preciso considerar que esta virtud, en la que puede decirse con propiedad que están reunidas todas las demas, nos es indispensable para salvarnos, y como una buena prueba de ello, voy á contarte lo que, á propósito de la caridad decia San Pablo en una de sus elocuentes predicaciones. «Aunque yo llegare, decia aquel inspirado apóstol, á hablar el idioma de los mismos ángeles, aunque llegare á poseer el don de la profecía y pudiera penetrar todos los misterios; aunque mi fé llegare á ser tan grande, que me fuera posible trasportar las montañas; aunque llegare, en fin, á distribuir todos mis bienes entre los pobres y entregar mi cuerpo á las llamas, si no tuviere caridad, todo ello no me serviria de nada.»

Ahora bien, ya sabes lo que es y lo que vale la caridad, voy en seguida á procurar enseñarte como podrás practicarla.

«Cuando tú te sientas dispuesta á hacer la caridad, le decia una muy discreta y virtuosa señora á su jóven hija, infórmate de una madre de familia abandonada por la suerte y sin otro

apoyo que la caridad cristiana: vé á verla y procura consolarla y socorrerla; mandándole el alimento para sus hijos, ó la ropa que cubra su desnudez. Y si tu posición no te permitiese hacerlo por tí sola, empuñate en coleccionar entre tus amigas y conocidas lo necesario para ello; bien cierta de que, el hecho de pedir limosna para los pobres, lejos de degradar, honra á los que la piden; y si al poner en práctica tu buena obra encontrases con alguna persona que te recibiera mal, ó te desaire tal vez en recompensa de tu buena acción, súfrela todo con humildad, y sin manifestar el menor disgusto, retírate, que así darás la mas severa lección que pueda darse en tal caso.

Pues bien, hijita, lo mismo que aquella virtuosa madre decia á su hija, te digo yo á tí ahora; no obstante que no soy bueno ni virtuoso como aquella excelente señora.

Los enfermos (especialmente los necesitados), y los presos, deben tambien estar siempre presentes en la memoria de las personas caritativas. ¡Ah! cuánto deben sufrir unos y otros; los primeros con sus dolencias considerablemente aumentadas por la falta de recursos; y los segundos encerrados dia y noche en estrechos y oscuros calabozos, privados del trato de las personas que les son mas caras, atormentados siem-

pre con los remordimientos de su propia conciencia, y esperando á cada momento que se les haga saber su sentencia de muerte tal vez.

¡Ah! si tú pudieras ver como yo he visto muchas veces á estos desgraciados! ¡Cuánto deben sufrir! Por mas que recuerde uno que sus crímenes son los que allí les tienen, no se puede dejar de compadecerlos. Pues bien, necesario es que sepas que con unas docenas de cajetillas de cigarros, puedes aliviar en parte los padecimientos de aquellos desgraciados, para que cuando el estado de tus fondos te lo permita, lo hagas así, bien segura de que no es pequeño el bien que harás con tan poca cosa; yo te lo aseguro.

Ha habido algunas épocas en que he tenido necesidad de visitar frecuentemente las prisiones, y como al presentarme á los presos en el interior de sus calabozos siempre les preguntaba si podia servirles en algo, la mayor parte de ellos me contestaba, «Señor, que se me saque un poco al sol y se me den algunos cigarros.» Mucho, mucho tienen que sufrir los infelices presos, cooperando no poco para ello, el lamentable estado que guardan nuestras cárceles. Preciso es, por tanto, que tú tengas siempre presentes á estos infelices para que los socorras cuando puedas y pidas á Dios siempre por ellos, para que

S. M. les dé el consuelo y la resignacion cristiana de que tanto necesitan aquellos desgraciados.

En quanto á los enfermos ¿qué puedo decirte? una persona enferma es bastante desgraciada por ese solo hecho, pero si á las dolencias del cuerpo, que generalmente enferman tambien el espíritu, se reúne la falta de recursos ú otros sufrimientos morales, la situacion de los pobres enfermos debe ser verdaderamente horrible.

Pues bien, un corto y oportuno auxilio, una visita, algunas palabras de consuelo, suelen muchas veces llevar la alegría hasta el lecho del dolor, pero si tanto no se consiguere, al menos se podrán mitigar un tanto los sufrimientos de los infelices que padecen. ¿Y por qué no hacerlo así, acaso es cosa tan difícil? por el contrario; es bien fácil, y yo te encargo por lo mismo que lo hagas siempre que puedas. ¡Ah! es preciso, es indispensable que tú seas muy buena y caritativa con los enfermos todos, porque todos necesitan de nuestros cuidados, pero especialmente los pobres, á los que con poco esfuerzo de nuestra parte podemos hacer mucho bien.

Instruir á los ignorantes, especialmente en la doctrina cristiana, es otra de las obras de caridad con que se puede hacer mucho bien, y so-

bre todo, agradar á Dios, que debe ser el móvil de todas nuestras acciones.

Bien, pues esto es en extremo fácil para las señoras, porque ni les faltará tiempo para hacerlo, ni mucho menos personas ignorantes á quienes enseñar, pues por desgracia abunda entre nosotros mucho esta clase de gente que ignora aun los principios fundamentales de nuestra santa religion. Yo conozco á una jóven [y por cierto muy bonita y muy simpática], que tiene la costumbre de enseñar, á leer primero, y despues la doctrina cristiana, á todos los criados que están en su casa. Si vieras cuánto bien ha hecho y hace esta virtuosa niña! Pues bien, ella se propuso un día que no vendria criado alguno á su casa á quien no procurara enseñar ambas cosas, y si posible fuera á escribir y contar tambien: metodizó la enseñanza, señaló las horas que invariablemente debia dedicar á aquella buena obra, y el éxito ha sido completo: «con una hora diaria [me decia no ha mucho tiempo la jóven modesta de quien te hablo] que tengo dedicada á este agradable trabajo, he podido hacer algo en favor de esas pobres gentes que todo lo ignoran.» ¡Qué hermosa es la caridad! ¿no, hijita? Interminable seria esta carta, si en ella hubiera yo de seguir hablándote de las diversas maneras con que las señoras pueden y deben ha-

cer la caridad; y por lo mismo, aquí concluyo por hoy, pero no lo haré sin darte un buen consejo á este respecto.

«Procura que tus buenas acciones, pocas ó muchas, estén siempre al abrigo de la publicidad. Mientras mas secreto es el beneficio, mas grato es al que lo recibe, y tambien al Padre de todos los beneficios, que no les da precio alguno si los corrompe la ostentacion.»

No olvides nada de cuanto te llevo dicho, y procura hacer cuanto bien puedas á tus semejantes, que la recompensa será magnífica.

CARTA XXII.

En la presente quiero solo contarte un hecho de que fui testigo hace pocos dias, el que, por sí solo demuestra lo que es la caridad, cuánto bien se hace con ella, y cuánto ganan tambien aquellos que quieren y saben practicarla.

Un amigo mio fué invitado en mi presencia para socorrer á una familia desgraciada, y hasta tal punto llegó á pintársele la pobreza y afliccion de aquella, que mi amigo, dueño de un excelente corazon y de no escasa fortuna, determi-

nó ir en el acto á hacer una visita á aquella infeliz familia. Yo fuí desde luego invitado para acompañarle, y un cuarto de hora despues, ambos nos encontráramos en la puerta de la casa que se nos había indicado.

Era esta de vecindad, y la vivienda que habitaba la familia estaba situada en el segundo patio. Llegamos mi amigo y yo al pié de una estrecha y oscura escalera que se nos señaló por la casera: subimos por ella, y una vez frente de la puerta que conducia á la habitacion, llamamos.

Algunas voces confusas de mujeres, y los pasos precipitados que claramente percibiamos, nos hacia creer que habiamos sido oídos; sin embargo, nadie nos respondia como se acostumbra en tales casos. Llamamos de nuevo: la puerta se abrió al punto, pero cuál fué nuestra sorpresa al ver tres señoras arrodilladas delante de nosotros llorando á todo llorar: algunas palabras entrecortadas que pronunciaban aquellas desgraciadas en medio de las lágrimas que inundaban sus ojos, nos manifestaban bien claro que algo nos decia en ese marcadísimo tono de súplica; pero absolutamente podiamos comprender de lo que se trataba.....

Aquella infeliz familia nos tomaba por unos curiales á quienes esperaba aquella misma tar-

cer la caridad; y por lo mismo, aquí concluyo por hoy, pero no lo haré sin darte un buen consejo á este respecto.

«Procura que tus buenas acciones, pocas ó muchas, estén siempre al abrigo de la publicidad. Mientras mas secreto es el beneficio, mas grato es al que lo recibe, y tambien al Padre de todos los beneficios, que no les da precio alguno si los corrompe la ostentacion.»

No olvides nada de cuanto te llevo dicho, y procura hacer cuanto bien puedas á tus semejantes, que la recompensa será magnífica.

CARTA XXII.

En la presente quiero solo contarte un hecho de que fui testigo hace pocos dias, el que, por sí solo demuestra lo que es la caridad, cuánto bien se hace con ella, y cuánto ganan tambien aquellos que quieren y saben practicarla.

Un amigo mio fué invitado en mi presencia para socorrer á una familia desgraciada, y hasta tal punto llegó á pintársele la pobreza y afliccion de aquella, que mi amigo, dueño de un excelente corazon y de no escasa fortuna, determi-

nó ir en el acto á hacer una visita á aquella infeliz familia. Yo fuí desde luego invitado para acompañarle, y un cuarto de hora despues, ambos nos encontráramos en la puerta de la casa que se nos había indicado.

Era esta de vecindad, y la vivienda que habitaba la familia estaba situada en el segundo patio. Llegamos mi amigo y yo al pié de una estrecha y oscura escalera que se nos señaló por la casera: subimos por ella, y una vez frente de la puerta que conducia á la habitacion, llamamos.

Algunas voces confusas de mujeres, y los pasos precipitados que claramente percibiamos, nos hacia creer que habiamos sido oídos; sin embargo, nadie nos respondia como se acostumbra en tales casos. Llamamos de nuevo: la puerta se abrió al punto, pero cuál fué nuestra sorpresa al ver tres señoras arrodilladas delante de nosotros llorando á todo llorar: algunas palabras entrecortadas que pronunciaban aquellas desgraciadas en medio de las lágrimas que inundaban sus ojos, nos manifestaban bien claro que algo nos decia en ese marcadísimo tono de súplica; pero absolutamente podiamos comprender de lo que se trataba.....

Aquella infeliz familia nos tomaba por unos curiales á quienes esperaba aquella misma tar-

de para ser embargada y lanzada de la casa cuya renta no habia podido pagar en tres meses consecutivos, mas una vez reconocido el error, la escena cambió completamente como bien puedes figurarte; siendo estas ó semejantes palabras las primeras que mi amigo dirigió á aquellas desgraciadas [madre ó hijos]. Tranquilícense ustedes y nada teman de la desagradable visita que esperan esta tarde; habrá con que pagar lo que ustedes deben, y todo se arreglará.

No habia acabado mi amigo de pronunciar la última de aquellas consoladoras palabras, cuando las señoras, viniendo de rodillas hasta él, se asieron fuertemente de sus rodillas y tomándole al mismo tiempo las manos, se las besaban á porfia manifestándole así su inmensa gratitud.

Mi amigo, mortificado con tales demostraciones hasta un punto que no puedo esplicarte, les suplicaba se levantaran y procuraba tranquilizarlas diciéndoles á este fin palabras muy consoladoras, pero que por lo mismo las obligaban mas á manifestarse agradecidas. Yo creía que aquello no tenia fin; pero el caso es que aquella escena tierna é interesante por demas, terminó como era de esperarse: abrazos, lágrimas, y protestas de gratitud.

En seguida, la señora nos propuso pasar á la pieza inmediata donde se encontraba el señor

enfermo, y en efecto, pasamos, pero ¡qué cuadro, Dios mio! Figúrate, hijita, á un señor como de cincuenta años, tendido sobre una pobrísima cama, manifestando su semblante pálido y macilento, los sufrimientos físicos y morales de que era víctima aquel desgraciado. Además, habia sobre la misma cama, dos niños de corta edad, medio dormidos ó mas bien casi desmayados. Y ¿por qué te parece que estaban así aquellos niños? por el hambre, hijita, por el hambre pues que en todo aquel día no habian tomado mas alimento que una pequeña taza de té; y cansados de llorar, pidiendo á su infeliz padre lo que no pudo darles, se habian quedado en aquel estado.

¿No comprendes, hijita, todo lo negro de este cuadro?..... Pero no, tú no puedes comprenderlo, porque no conoces el amor de los padres para los hijos, que es el amor verdadero: porque es el único amor que no conoce otro interes que el bien del objeto amado. ¡Ah! yo me contristo, y positivamente me siento mal cuando recuerdo lo que presencié aquel día, y no sé como podría sufrir sin morirme ó perder el juicio aquel tormento, aquella horrible angustia con que Dios quiso probar á aquella infortunada familia. Pero ella era buena, ella era virtuosa; supo sufrir con resignacion cristiana los padecimientos



que Dios quiso mandarle y le pedía constantemente el remedio: S. M. oyó al fin sus súplicas y puso fin á sus desgracias de la manera que vas á ver.

Luego que mi amigo comprendió todo lo que pasaba en aquella casa, tomó en el acto las providencias convenientes para que se trajera algun alimento, que era por lo pronto la necesidad mas apremiante; y mientras que él venia, dirigió algunas palabras de consuelo al infeliz enfermo, que no encontraba por su parte como manifestar su agradecimiento.

«Desahóguese usted, señor, le decía mi amigo al pobre y afligido enfermo, comuníquenos usted sus penas para que ellas se mitiguen y vuelva la calma á su angustiado corazón; sí, la calma, porque de hoy para adelante yo me prometo que usted lo pase mejor y espero conseguirlo.»

El pobre señor al oír estas palabras se conmovió hasta el punto de ponerse á llorar como un niño, y haciendo en aquel momento un esfuerzo supremo, pudo levantarse un poco de la cama, y tomando la mano de mi amigo, la besó repetidas veces empapándola al mismo tiempo con sus lágrimas.

En estos momentos llegó el alimento de que tanto necesitaban aquellas gentes, y á su vista todos los semblantes se animaron notablemen-

te. La señora, la buena madre despertó inmediatamente á sus pequeños hijos, presentándoles una taza de leche y bizcochos, que los ambrientos niños no comieron sino devoraron en unos cuantos minutos. Los papás y las otras dos jóvenes hicieron otro tanto, aunque con la moderación que era natural. Mi amigo y yo nos encontrábamos allí algo embarazados, y hubiéramos deseado salir de la pieza á lo menos por un rato, pero no nos atrevimos á hacerlo así. El señor, por su parte, levantaba á cada momento los ojos y las manos al cielo dando gracias á Dios por tanto beneficio.....

Cuando la tranquilidad y hasta el contento tal vez habian sustituido ya en aquella casa á la aflicción y amargura que antes reinaba, mi amigo creyó conveniente que nos retiráramos, pero no sin ofrecer antes á las señoras que al día siguiente recibirían una visita de su señora y su hija, quienes se encargarian de arreglar todo lo necesario para que nada les faltara en lo de adelante.

No puedes imaginarte las manifestaciones de cariño y gratitud de que fué objeto mi amigo por parte de aquella buena familia. El señor, fuertemente emocionado, no podía ni hablar, pero sí tomó la mano de mi amigo al despedirse y la llevó con efusión repetidas veces á sus

lábios. La señora y las niñas [muy bonitas y simpáticas por cierto] no encontraban palabras con que manifestarse agradecidas y ofrecían á mi amigo pedir á Dios constantemente por él y por su familia. Y los pobres chiquillos, aquellos que se encontraban media hora antes casi muertos de hambre, al ver lo que sus padres y sus hermanas hacían con nosotros; nos presentaban ambos el pedazo de bizcocho que tenían aun en sus pequeñitas manos: ¡no podían hacer mas los pobrecitos!

Salimos, en fin, de aquella casa mi amigo, y yo, verdaderamente emocionados, conmovidos hasta tener que limpiarnos varias veces las lágrimas que sin poderlo remediar rodaban por nuestras mejillas; pero eran lágrimas dulces, hijita, eran lágrimas de aquellas con que se alimentan los corazones no vulgares, los corazones bien formados.

El siguiente día yo mismo conduje á la casa á la señora y la hija de mi amigo, ambas muy buenas y muy caritativas tambien, de aquí es, que tomaron por su cuenta á aquella familia, cuya suerte, en menos de quince dias, habia cambiado completamente.

El señor fué colocado como escribiente en una oficina, los dos chiquillos puestos en un colegio, la señora y las niñas dueñas de dos buenas ma-

quinas de coser ayudaban bastante con su trabajo para el sosten de la familia, que vive hoy contenta y tranquila como la que mas.

¿No te ha interesado mi narracion? ¿No sientes deseo de hacer el bien? ¡Ah! Dios quiera que seas muy caritativa, pues ya sabes que la caridad es la virtud de las virtudes.

#### CARTA XXIII.

Un distinguido escritor frances, despues de haber publicado un libro interesantísimo con el título de «Le Femme,» publicó otro no menos interesante con este otro «Ancore les femmes,» y acordándome yo de esta ocurrencia de aquel notable escritor, te digo al principiar mi tercera carta sobre la caridad, *ancore le charité*, sí, todavía la caridad: es tan vasto el asunto y tan hermoso á la vez, que no tres cartas sino tres resmas de papel podrian escribirse fácilmente sobre esta virtud que es la base de nuestra adorable religion.

Pero no haya miedo de que la presente carta te fastidie, porque ella está dedicada únicamen-

te á darte á conocer un hecho que presencié y llamó mucho mi atención: vas á saberlo.

Era la época de la intervencion francesa y acababan de dar las nueve de la mañana: las calles de San Francisco y Plateros se encontraban llenas de gente que atravesaba en todas direcciones, como sucede siempre á tales horas, especialmente en los dias festivos.

Yo me encontraba en la esquina de la Profesa admirando los hermosos ramos de flores que se vendian allí como de costumbre y esperando al mismo tiempo que pasara el mariscal Forey, quien de vuelta de la misa, se veia ya venir á caballo por la 1.<sup>a</sup> calle de Plateros seguido de todo su estado mayor.

A la sazón llamó mi atención un infeliz ciego que se encontraba en la esquina opuesta pretendiendo pasar al otro lado; pero sin poder verificarlo por los muchos carruajes y caballos que por allí pasaban. El desgraciado ciego emprendia de nuevo á cada momento su camino; pero de nuevo tambien tenia que volverse atrás, cuando el ruido de algun carruaje le advertia del peligro que le amenazaba.

Ví entonces salir del templo de la Profesa tres personas: una jóven como de 15 á 16 años; un niño de mucha menos edad y una señora mayor que cuidaba de ambos: el porte y el traje de

la jóven indicaban que pertenecia á la primera sociedad.

Ver aquella graciosa jóven al pobre ciego cuyo deseo comprendió desde luego, acercársele, tomarlo por la mano y ponerse en marcha con él por el medio de la calle, obra fué todo de un momento. La gente sorprendida de ver aquella tan eterogenea pareja atravesar lentamente la calle, no quitaba sus ojos de ella, mas cuando solo habia andado poco mas de la mitad de su camino, se presenta Forey con todo su estado mayor. ¡Ah! entonces fui testigo de una escena que difícilmente se borrará de mi memoria, aquella jóven, ruborizada porque consideraba que era en aquel momento el objeto de toda la atención pública, seguía sin embargo adelante con su ciego de la mano y baja la vista, haciendo esfuerzos para llegar lo mas pronto á su destino.

El general Forey que venia observando bien lo que pasaba, llega con su comitiva hasta ponerse á muy pocos pasos de la jóven, para su caballo delante de ella, se descubre, y permanece en esta posicion hasta que la jóven llegó con el ciego al extremo opuesto de la calle. Así quiso sin duda manifestar el mariscal frances á aquella interesante jóven todo el respeto que merecia su bella accion.

Imposible es que pueda yo describirte las emociones tan tiernas, tan delicadas que produjo en los espectadores aquella escena; todos nos encontráramos verdaderamente conmovidos con la vista de aquella jóven, que sin pretenderlo, habia sido el objeto de una magnífica, de una envidiable ovacion atrayéndose al mismo tiempo todas las simpatías. Su excelente corazón, sus sentimientos de verdadera caridad, la indujeron sin duda á ejecutar aquella buena accion, que Dios quiso premiar inmediata y espléndidamente.

Aquella graciosa y modesta jóven, verdaderamente mortificada por lo que acababa de pasar, luego que dejó al ciego en salvo volvió á reunirse con las personas que le acompañaban, tomando en seguida por la calle de Plateros; pero no habia andado aun quinientos pasos, cuando llegó á ella un ayudante del mariscal Forey, quien despues de apearse de su caballo, le presentó un hermoso ramo de flores, diciéndole, que el mariscal le suplicaba recibiera aquel ramo como una muestra de afecto y simpatía. Al dia siguiente todos los periódicos se ocuparon del suceso, y todos tambien hacian los debidos elogios de aquella jóven caritativa y benéfica, que en nada reparó, que nada temió cuando se le presentó la ocasion de hacer un bien.

¿No te da envidia, hijita? ¡Qué bonito! ¡qué hermosa es la virtud de la caridad! y cuánto enaltece á los que la practican, especialmente á la juventud, porque la beneficencia, hijita, tiene algo de angélico cuando se ejercita por las manos de la inocencia y del candor. ¡Ah! es preciso, absolutamente preciso que tú seas muy caritativa, muy benéfica, muy virtuosa, en fin, pídeselo á Dios como yo se lo pido.

#### CARTA XXIV.

Con la presente concluye la serie de las que me propuse escribir para tí: tú pensarás que te he dicho demasiado, mientras yo creo precisamente lo contrario. Son tan vivos los deseos que tengo de verte perfecta, que en punto á tu educacion, por mucho que te diga y haga, jamas quedaré satisfecho. Soy como el hombre insaciable de Horacio que codiciaba siempre un rinconcito mas para agrandar su campo; yo temo todos los que pudieran desfigurar el mio, que quisiera ver, si posible fuera, sin una falta. Pero ¿sabes lo que temo, hijita? temo, que

una vez leídas mis cartas las guardes para no verlas mas: mas claro, que no hagas gran caso de ellas; y que solo allá, en tu mayor edad, ó cuando algun rudo golpe de la suerte haya venido por desgracia á herir tu jóven corazón, sea cuando te acuerdes de este pequeño libro que te ha dedicado la persona que mas puede amarte en el mundo.

¿Qué dices, hijita, serán fundados mis temores? No será posible, que aunque jovencita, y en medio de las ilusiones propias de tu edad, recorras de vez en cuando las pocas páginas de este pequeño libro y procures aprovechar te de los buenos consejos que en él te he dado? Si, si podrás hacerlo, y lo harás, porque yo te lo encargo, yo te lo suplico.

A un señor de gran talento he oído decir muchas veces, que los hombres todos pasamos la mitad de la vida haciendo fonteras, y la otra mitad llorándolas, y en verdad que no hay cosa mas cierta.

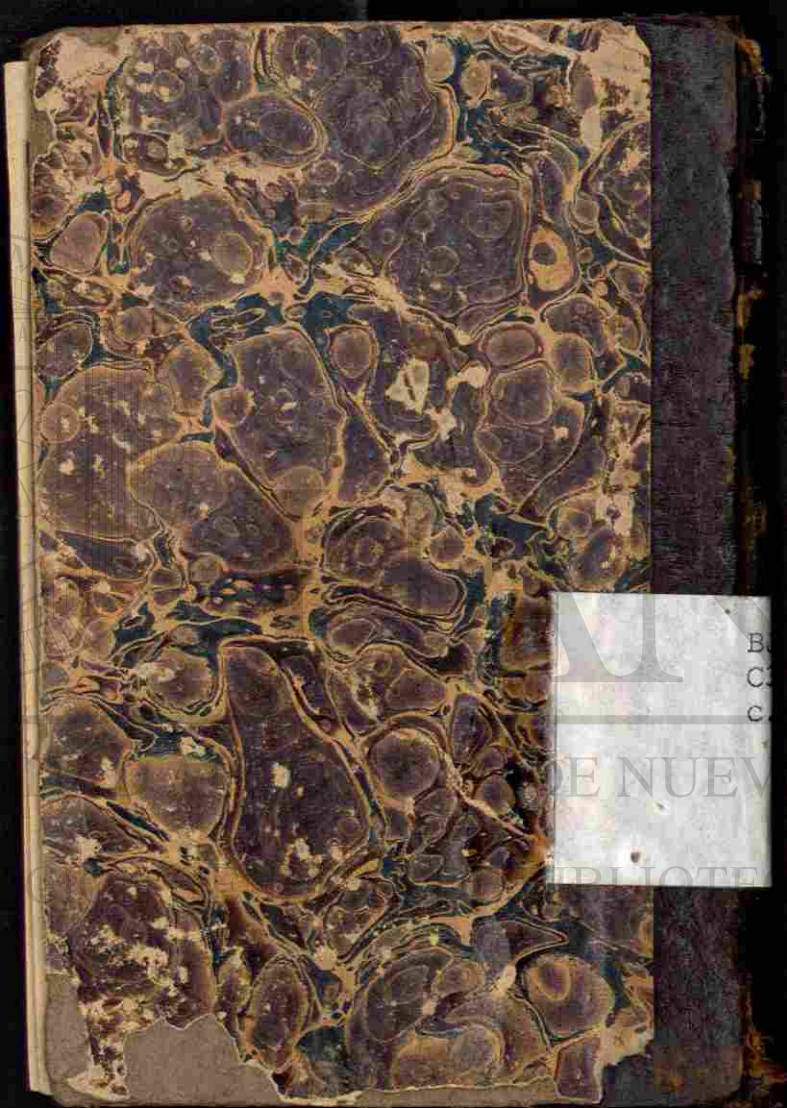
Otro sabio, inglés por cierto y de mucho mundo, decía, que los jóvenes viven en un estado de embriaguez natural, que no les permite caminar sin apoyo, pues que, como los verdaderos ébrios, están espuestos á caer á cada paso y romperse tal vez la cabeza el día menos pensado.

Ya ves, todos los hombres de mundo y de ta-

lento convienen en que la juventud es inesperata y comete á menudo desaciertos; y pues que personas tan competentes lo dicen, preciso será creerlo: ¿no te parece? por mas que los mismos jóvenes se resistan á ello y crean que todo lo saben y de nadie necesitan.

Persuadida tú de ello, y ayudada de tu natural talento, procura siempre huir del mal y acercarte al bien cuanto sea posible, lo que conseguirás fácilmente guiando tu razon por los buenos consejos que recibas de personas entendidas y juiciosas; así verás realizados tus deseos de ser apreciada en la sociedad por tu buen porte, y por tu virtud sobre todo, porque es preciso, absolutamente preciso que seas virtuosa.

Empéñate, pues, en ello, hijita, y pídeselo á Dios constantemente por medio de la Virgen que deberá ser siempre tu mas firme apoyo, tu mas eficaz protectora. Invócala constantemente en tu favor: dila que es tu Madre, y que como tal, debe velar por la felicidad de su hija, que la ama mucho y encarecidamente le pide que no la permita jamas abandonar el camino de la verdadera virtud.



BU  
C  
C

DE NUEV

TRUOTE